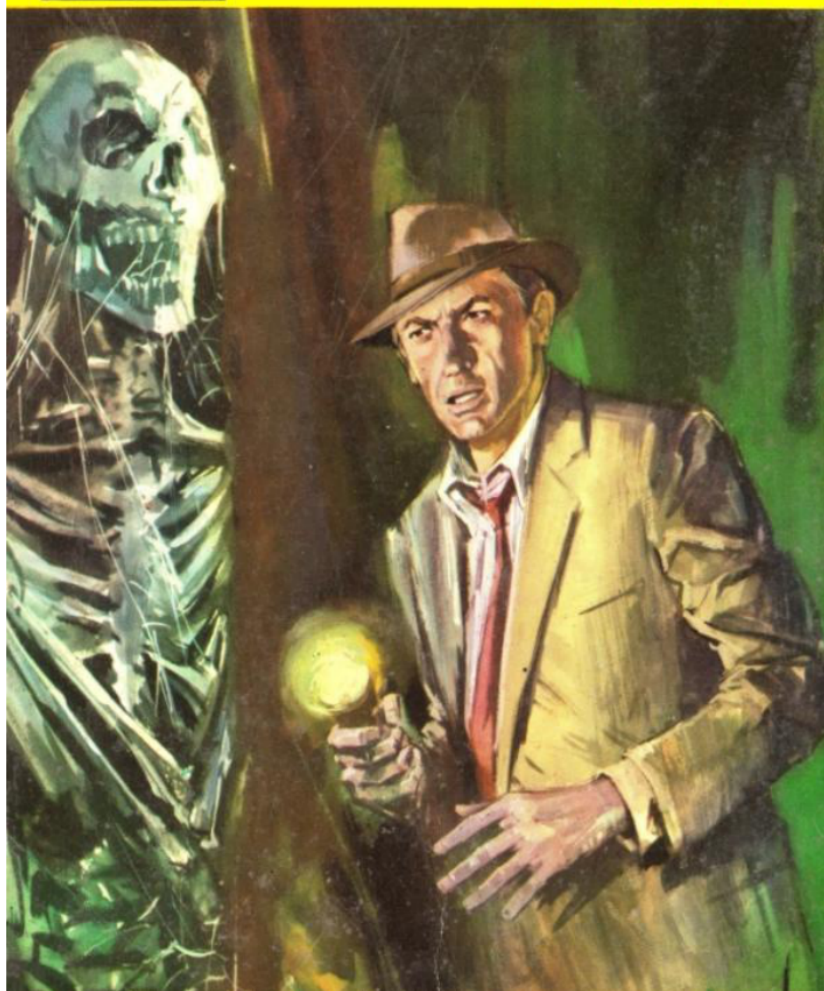




el muerto la sabia larga

frank caudett



COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK CAUDETT

EL MUERTO LA SABIA LARGA

Colección PUNTO ROJO n.º 370

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 11.306 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1969

© FRANK CAUDET - 1969
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

INTRODUCCIÓN

Decir que Wernon Priest era un viejo marrano, asqueroso y repulsivo, es decir una verdad como un templo.

Afirmar que Wernon Priest era un «judío» avaro que estaba forrado de dólares, es decir una verdad como un castillo.

Asegurar que Wernon Priest no se había casado porque había pensado que a las mujeres las mantuviera su padre, también es cierto.

Pero un día le ocurrió algo extraño, algo raro.

Podía tomarse como una «chochería» de viejo... pero se trataba de una cosa más seria que todo esto.

Wernon Priest sintió despertar en su corazón envejecido los laureles verdosos de una primavera que había dejado consumir incólume por obra y gracia de su avaricia.

Quiero decir que Wernon Priest... ¡se enamoró!

Nada menos que a los sesenta y ocho años de edad.

La culpa la tuvo la chiquita de la cantina, una morenaza jovencita, de veintiún años de edad, llamada Linda Joyce.

Le había servido muchos platos de sopa y frijoles al viejo Wernon en la cantina-taberna de Robert Scotten.

Mira por qué diablos, se le ocurrió pensar a Wernon, que para que lo heredasen los cuatro buitres... bueno tres, sólo tres, porque a Samantha la consideraba buena; decíamos que se le ocurrió pensar que para que lo heredasen los buitres de sus sobrinos, mejor podía heredarlo aquella preciosidad morena de carnes túrgidas.

Digamos que Wernon Priest vivía en Joliet.

Joliet es la capital del Condado de Will (Illinois, EE. UU.), con unos setenta mil habitantes, a unos 50 kilómetros al S.O., de la ciudad de Chicago. Situada en una región hullera y de canteras, es ciudad fabril con muchas y variadas industrias productoras de papel, revestimientos para tejados, alambre, acero, productos

químicos, derivados del petróleo, cocinas a gas, cisternas, cerveza, maquinaria de panadería, productos lácteos y tejidos. Las escuelas de Joliet, fundadas en 1831, fueron las primeras en iniciar las enseñanzas de música en Estados Unidos. Sede del colegio de St. Francis y de dos penitenciarías del estado, debe su nombre al explorador franco canadiense Louis Joliet, que visitó la región en 1673.

Wernon Priest era muy joven cuando llegó a Joliet.

Y en seguida pensó que en una ciudad donde había tanta industria tenía que agudizarse el ingenio para encontrar algo nuevo, productivo y rentable. Se le ocurrió pensar eso, y de «eso» salió que Priest fundó la primera empresa de pompas fúnebres de Joliet, fastidiando a los carpinteros que hasta entonces se habían dedicado a hacer ataúdes.

Él se encargaba de todo cuando se moría una persona.

Catafalco, velatorio, féretro, entierro, etc.

Como puede verse, eligió una profesión divertida... aunque no menos honrada que otra cualquiera.

Aunque con el paso de los años, Wernon Priest, igual que un amigo íntimo que tengo yo que es dibujante, se «forró» de los pies a la cabeza.

Se «forró», entiéndase bien, de billetes de a mil dólares cada uno.

Lo de los muertos daba.

Y como a la hora de gastar, Wernon se limitaba a lo imprescindible, era un hombre solo e incluso a veces iba a comer y cenar de «gorra» a casa de su hermano Mortimer... ¡excuso decir!

Además, en su juventud, insisto, Wernon opinaba que a las mujeres debía mantenerlas su papaíto del alma.

Por eso se quedó soltero.

¡Y hala, a «forrarse»!

Pero con un día y otro, un año y otro, Wernon se hizo viejo. Y como decíamos al principio, vino a enamorarse a los sesenta y ocho años.

¡Todo un «pollito»!

Y decíamos que la culpable de aquélla «chochería» de viejo fue la morenaza de la cantina, Linda Joyce.

Wernon sintió que Linda despertaba en él ciertos apetitos

sexuales a los que siempre se había mostrado inmune y desligado, de los que siempre se había creído capaz de prescindir. Wernon, en un tardío otoño sensitivo de su corazón, había experimentado la necesidad de una primavera que, como a las flores el rocío matutino, lo vivificara.

Linda Joyce era hermosa.

Sin duda, una de las jovencitas más agraciadas de Joliet.

Sola en el mundo, sus padres habían fallecido siendo ella muy niña, había logrado desenvolverse en la difícil vida por sí misma. Había aprendido a ser ambiciosa.

Y había nacido muy bonita.

Su rostro tenía la forma de un auténtico óvalo de nácar. Éste se hallaba flanqueado por un cabello negrísimo, azabache de tan negro, largo, que le caía hasta la mitad de la espalda, y que daba la sensación de desprender un vivísimo esquirlado azul marino. Dentro de aquel óvalo nacarino, tenían vida propia y personal un par de ojos como el cielo y como el mar, igual que la mezcla de ambos, que de tan azules, eran traslúcidos, transparentes; se movían en el interior de un reducto elíptico, finamente prolongado hacia las sienes que terminaba en un pequeño trazo de arco. La nariz breve y respingona que ponía gracia y picardía en aquel bonito rostro, nacía entre los dos ojazos azules y venía a detenerse encima de una boca maravillosa; boca de trazo arqueado que era la mancha carnosa y sangrante de dos labios que en símbolo de cupido se distendían húmedamente para sonreír en los momentos más oportunos.

Su cuerpo era ágil, cimbreño, y aun careciendo de las rotundidades exhaustivas que en otras mujeres servían de atractivo, se hacía deseable. La escueta e inverosímil cintura de junco, flexible, que como cuando el viento soplaba sobre el débil tallo de las florecillas, hacían que ella se arquease con una ductilidad asombrosa.

Pero Linda, en el sentido metafórico de la palabra, no tenía nada de florecilla abandonada y tímida. Todo lo contrario, pese a su juventud, era una mujer de carácter, ambiciosa, que si se proponía una meta sabía cómo alcanzarla.

Y como sabía que cada día le gustaba más y más a aquel repugnante vejestorio, procuraba también servirle las comidas adoptando las poses más provocativas que imaginarse puedan,

haciendo concebir a Wernon maravillosos sueños de placer.

Una noche se decidió.

Tomando a la muchacha por una muñeca cuando ésta acababa de servirle un plato de carne a la plancha.

—Ven, muñeca, ven a mi lado... —musitó con su voz gangosa.

Ella, fingiendo candidez y dominando un repelo de aprehensión, dijo:

—¿Qué... qué quiere, señor Priest?

—Pues, en verdad, sólo quiero hablar contigo. ¿Te importa?

—¡Oh, no, no!

—Ven, siéntate aquí... —Y le hizo sitio en el banco mientras apartaba hacia un lado su adiposa y repulsiva naturaleza. Le preguntó de súbito—: ¿Te inspiro yo asco?

Ya me he cansado de decir que Wernon Priest era un tipo auténticamente contrahecho, asqueroso y repulsivo. ¿Qué podía por tanto inspirarle a una mujer joven?

No obstante, ella, decidida, mintió:

—No... ¡desde luego que no! ¿Por qué había usted de producirme asco, señor Priest?

—¡Oh...! Es que he oído decir que ninguna mujer puede fijarse en mí si no es por mi dinero. Esto... sabías tú... ¿sabes que tengo mucho dinero?

¡Córcholis si lo sabía! Pero volvió a mentir:

—No... lo ignoraba.

—Bueno, esto... Linda, ¿si yo te nombrase mi heredera universal... serías capaz de casarte conmigo?

En los ojos azul transparentes de Linda se encendieron al mismo tiempo el chispazo luminoso de dos sentimientos dispares, diferentes, totalmente opuestos.

Uno: el asco terrible que le provocaba aquel viejo repulsivo y adiposo pidiéndola en matrimonio, con sólo imaginar que sus manos viscosas acostumbradas a untar con jugos a los cadáveres pudieran recorrer su piel tan fina, pura y fragante.

Otro: la ambición, la desmesurada ambición que se abría dentro de ella al pensar que aquel viejo repugnante podía morir el día menos pensado y dejarla joven, cargada de miles de dólares, y dispuesta entonces para seleccionar al hombre de sus sueños.

Pero, la obtención de uno de aquellos sentimientos significaba el

sacrificio del otro.

Linda sabía lo que quería y no vacilaba ante nada por conseguirlo.

Por eso, tras un largo silencio que a Priest se le antojó una auténtica eternidad, ella, con su voz tenue y frágil, repuso:

—Sí... señor Priest.

—¡Maravilloso, pequeña! —Brincó él plenamente satisfecho—. Ya no tienes que llamarme «señor» Priest, sino Wernon. ¿Deseas que nos casemos lo antes posible?

—En cuanto tú digas, Wernon.

Y él dijo que en la mañana del día siguiente.

La boda del viejo Wernon y su decisión de nombrar a su esposa heredera universal, sentó a tres de sus sobrinos como una verdadera patada en la boca del estómago.

Pero no había que darle vueltas al asunto; el viejo adiposo, repugnante, asqueroso y doscientos sinónimos más, se había casado.

Con la hermosa y cándida florecilla... ¡ja! Linda Joyce; ahora, señora de Priest.

Hacía un año que se habían casado.

Puede que el viejo Wernon no contara con ello, pero fue demasiada emoción para él casarse con una muchachita tan preciosa como Linda.

Enfermó.

A los pocos meses ya se sintió mal del corazón, notando unas palpitaciones demasiado intensas y fuertes. La vieja «máquina» le corría como enfebrecida.

¡Pero se sintió muy aliviado al ver con qué ternura le cuidaba Linda!

Y ella se sentía tan contenta al saber que él estaba enfermo y que según el doctor la podía «palmar» el día menos esperado.

Mas, los meses fueron transcurriendo, y Wernon Priest, sin mejorar ni empeorar, no se moría.

Fue entonces, al enterarse de su estado, cuando tres de los cuatro sobrinos desheredados a raíz de la boda de Priest con Linda, decidieron hablar con su joven tía.

Fue James Priest el que llevó la voz cantante.

James era un muchacho atractivo desde el punto de vista

femenino.

Un hombre en el que se fijaban todas las mujeres por su apostura.

Y Linda, que sólo había tenido ocasión de verlo en un par de ocasiones y de soslayo, tuvo el pensamiento... de que era el hombre ideal para compartir los dólares de su viejo y repulsivo marido.

James era alto, de anchos hombros, viril contextura, y torso atlético que se ceñía alrededor de una cintura ágil y elástica. Su rostro era ligeramente anguloso, y su cabeza perfectamente redondeada, estaba cubierta por unos cabellos rubios desordenados que caían graciosamente por su despejada frente. En contra de lo que podía esperarse por la tonalidad del pelo, sus ojos eran de un negro intenso, de un negro tinieblas en los que brillaba un destello de criminal ambición. Su boca era sensual, de labios carnosos.

Mirando con fijeza, con toda la intensidad de sus ojos negros a su joven tía, le dijo:

—Tú, Linda, tienes tantas ganas de que ese carcamal se muera como nosotros, ¿no es cierto? Y al paso que va, no te dejará juventud para que puedas disfrutar su dinero... ¿por qué no planear su muerte e ir a partes iguales en la herencia?

Reginald Priest que era un alto y desgalichado pelirrojo con la cara que parecía sucia de tan llena de pecas, con expresión de niño ruin, con feos y tiesos cabellos crespos, adujo:

—Es una oferta razonable, Linda.

Y Marcia, la tercera de los cuatro sobrinos de Wernon Priest, una trigueña de la que se decían cosas poco agradables en Joliet, una mujer atrevida, casquivana, sin prejuicios, que gustaba de lucirse y especular descaradamente con sus encantos, añadió:

—Todos saldríamos beneficiados, Linda:

Ella, que había caído cautiva de la apostura de James y sólo por el hecho de venir de él, estaba dispuesta a aceptar cualquier proposición por canallesca y escandalosa que fuera, dijo:

—Tengo las mismas ganas de verlo muerto que vosotros tres, sí. Pero... aunque acepte asociarme a vosotros y repartir mi herencia en partes iguales, ¿cómo podemos matarlo?

—Él tiene confianza en ti —habló James Priest, satisfecho de que ella aceptara el proyecto—. Si tú se lo indicas no vacilará en cambiar de médico... y nosotros sabemos de uno que es nuevo en

Joliet, quien para que callemos algo que hemos descubierto, podría recetarle unas tabletas muy nocivas para su salud. ¿Entiendes?

—Comprendo. ¿Cuál es ese doctor?

—Roger Langelan. Ya hemos hablado con él. ¿Estás de acuerdo, Linda?

—De acuerdo.

Wernon Priest, arrancando de su garganta con sonoros carraspeos, un agua fétida y verdosa, esputaba continuamente.

Linda, que ya se había acostumbrado a fingir aquella comedia cuyo término, ahora, comenzaba a presentir (y preveía matizado agradablemente con la presencia de James), dijo:

—Wernon...

—¿Sí, querida?

—Llevas mucho tiempo enfermo, y para mi tristeza y desgracia, veo que no mejoras. ¿Por qué no cambias de doctor? Ha llegado uno de nuevo a Joliet del que se cuentan verdaderos milagros. ¿Quieres que lo llame para que venga a verte?

—Si tú lo crees, llámalo.

El doctor Langelan vestía impecablemente.

Su presencia era elegante y afable. Tan sólo sus palabras, inspiraban una sensación de alivio, optimismo y bienestar, al enfermo.

A Wernon Priest le gustó su forma de moverse y actuar con solamente verlo.

Luego de auscultarle detenidamente, el médico carraspeó, diciendo:

—Bien, bien... aunque mi colega de Joliet opine que es su corazón lo que está mal, tengo que decirle, y ello me satisface, que no estoy de acuerdo con ese criterio. Opino, más que eso, afirmo, que su corazón se encuentra en perfectas condiciones.

—Entonces... —habló el repulsivo enfermo, sin dejar de acariciar una de las tersas manos de su joven esposa—, ¿cuál es mi verdadera enfermedad, doctor?

Roger Langelan, sentándose a los pies de la cama, dijo como respuesta con aire circunspecto:

—Estoy seguro de que mi contestación le dejará asombrado y boquiabierto, señor Priest; pero su enfermedad no es otra que la

falta de un descanso normal, de un sueño satisfactorio. Dictamino, pues, que la causa de sus dolencias es el sueño.

—¿El sueño? —repitió Priest, sorprendido, arqueando sus hirsutas y negramente pobladas cejas.

—Exacto. ¿Verdad que usted no duerme bien? ¿Cierto que tiene frecuentes pesadillas? ¿No experimenta la sensación de que duerme estando despierto al mismo tiempo?

—Pues... ahora que lo dice, ¡sí! ¿Cómo lo sabe usted, doctor?

—¡Bah...! Es facilísimo en un profesional adivinar la enfermedad que a usted le aqueja con sólo verlo; casi sin necesidad de reconocerle o auscultarle. El sueño, señor Priest, es una necesidad biológica que es ineludible satisfacer. Ello que es cierto para el hombre sano, en el enfermo adquiere una valoración más exigente y superior a la de cualquier otro género de tratamiento médico, incluso, ¡fíjese!, a la alimentación. No siempre se puede calificar a las personas insomnes como enfermos, pero las que lo son, llegan en breve plazo a serlo o, como mínimo, a sentir una caída muy notable en su rendimiento físico e intelectual. El insomnio es debido, fundamentalmente, a dos causas: el dolor y las preocupaciones. Contra el insomnio producido por dolores, con los analgésicos, relajantes, y en último extremo con los estupefacientes, la medicina tiene un arsenal terapéutico amplio y generalmente eficaz. Pero éste no es su caso, señor Priest; usted es un insomne debido a alguna preocupación oculta de su subconsciente que ni usted mismo conoce. Por lo tanto, lo más indicado es que acudamos a unos modernos elementos de la farmacopea actual que, rechazando la toxicidad que a largo plazo tienen los barbitúricos, producen efectos semejantes e incluso superiores.

De una pequeña cartera que llevaba extraído un frasco que depositó encima de la mesita de noche del enfermo.

Y agregó:

—El «Som-night» es un específico que, en verdad, ni siquiera está a la venta, pero del cual yo le regalo un frasco para que sea de los primeros en beneficiarse de sus estupendos efectos. Deberá tomar un par de comprimidos con un vaso de agua después de la cena. ¿Entendidos?

Wernon Priest, satisfechísimo de la impresión que le había causado su nuevo y espectacular médico, dijo:

—Seguiré al pie de la letra sus instrucciones, doctor. ¡Y muchísimas gracias!

—No se merecen, señor Priest. Le volveré a visitar la semana próxima.

No quiso ni oír hablar por el momento de sus honorarios, hasta saber cuál era el proceso que seguía el paciente. Eso hizo que a Priest, avaro en esencia y en potencia, aún le gustara más.

La joven Linda acompañó al médico hasta la puerta de salida de la funeraria.

El doctor Roger Langelan no volvió a ver a su paciente... con vida.

Le llamaron urgentemente y cuando acudió, la agonía, corta y rápida, ya había concluido.

Extendió un certificado de defunción en el que aseguraba que un uso imprudente de barbitúricos habían provocado un *shock* cardíaco con el consiguiente aneurisma de aorta, causa de la muerte inmediata de Wernon Priest.

PRÓLOGO

La estancia era amplia y estaba regiamente amueblada.

Con pesado mobiliario.

Los tupidos cortinajes de terciopelo granate, corridos, impedían que el más leve rayo de claridad se filtrase procedente del exterior.

Una cama enorme, monumental su cabecera, arcaica, recargada de complicadas molduras, sostenía el luctuoso ornamento.

El ataúd.

Lóbrego vehículo en el que los mortales emprenden el viaje postrero.

Sería absurdo y ridículo que para quien en vida se había dedicado a venderlos, no se hubiese reservado uno cuya magnificencia y esplendor, construido en caoba, superaba a lo que habitualmente era «llevado» a la hora de «diñarla». Wernon Priest se lo había ya hecho construir en vida, guardándolo en una anaquelera de cristal... convencido quizá, por ese absurdo instinto que hace creer que la muerte no le llegará nunca a uno; convencido decíamos, de que tal vez no lo utilizaría nunca.

No sé quién me dijo que si cada mañana, al levantarnos, dedicáramos diez minutos a pensar en la muerte, a pensar en que hemos de morir, a pensar en que al otro barrio no se lleva uno las ambiciones terrenas... me dijeron que si meditáramos diez minutos cada día en todo eso, quizá seríamos mejores.

¿Podían ser buenos quienes habían planeado la muerte, en realidad, asesinato, de Wernon Priest?

¡Seguramente no habían pensado en que tenían que «palmarla»!

¿Estábamos...? ¡Ah, sí, en el ataúd!

En el interior del féretro, sobre el acolchado violáceo, un cuerpo inánime de facciones repelentes dormía el sueño del que no se despertaría nunca... en la tierra por lo menos.

En cada uno de los extremos, cuatro espigados candelabros,

consumían la cera de los cirios que en ellos se erguían.

Las cadavéricas y feas facciones, acentuada su palidez al contrastar con el negro severo de la mortaja, cobraban bajo el tenue resplandor de los candelabros un matiz espectral, siniestro.

Al fondo de la estancia, amparadas en oscura penumbra, tres personas, James, Reginald y Marcia Priest, cuchicheaban con queda satisfacción y no poca complacencia. Una cuarta quedaba también en la penumbra pero separada del grupo: era Samantha Priest; aquélla a quien su tío siempre había considerado mejor que al resto de sus sobrinos.

De rodillas, a la cabecera del féretro... ¡qué bien fingía Linda hasta el último momento! Hacía denodados esfuerzos por desahogar en lágrimas su íntima «congoja». ¡Qué sola y desamparada dirían que se encontraba quienes acudiesen a desfilar por la sala recitando las obligadas frases de sentido y condolido pésame!

Linda, movía los labios con torpeza, haciendo ver que susurraba oraciones.

Pero realmente estaba pensando en los buenos miles de dólares que podría disfrutar desde el instante en que fuera sepultado aquel viejo asqueroso con quien su ambición le había llevado a casarse por obtenerlos.

¡Allí estaba ahora, definitivamente muerto!

MUERTO.

Y en las midriáticas pupilas del cadáver, dos pedazos de vidrio sin luz propia, brillaba macabramente la inexorable y huesosa figura de la guadaña.

¡Porque los ojos se habían abierto!

¡Porque los ojos giraban alrededor de las órbitas!

¡Porque aquel ser muerto, ajeno a la tierra, estaba moviéndose lentamente!

Primero sacó una mano. Luego dio un suave giro sobre sí mismo en el interior del lóbrego «recipiente». Después sacó la otra mano. Ambas por el mismo lado.

El izquierdo.

Rozando con sus dedos enhiestos y helados los negrísimos cabellos femeninos.

Cual si sobre su cuerpo acabasen de descargar un flagelante latigazo, convulsionándose, Linda alzó la cabeza.

En su bello rostro de nácar se esculpió la vivísima estampa del horror llevado por las cimas de unas alucinaciones mefistofélicas.

Trató y deseó desesperadamente gritar:

Mas no pudo conseguirlo.

Incapaz de articular sonido alguno, experimentando igual sensación que si una tenaza gigantesca se hubiese cerrado en torno a su garganta, contempló aquellas manos casi descarnadas de huesudos y delgados dedos acercándose con lentitud.

Dentro de aquel silencio que le imponía su propio horror, el cerebro le giraba como un torbellino, vertiginosamente, alrededor de una macabra vorágine de espectrales apariciones.

¡Era imposible! ¡Él... estaba muerto!

Pero sus manos eran las que le ceñían el cuello... ¡las que apretaban y apretaban!

Hasta que cesó la presión.

El cuerpo de Linda Joyce, viuda de Priest, rodó sigilosamente por encima de la espesa y tupida alfombra.

Dentro del féretro, el muerto que se vivificaba para asesinar, recobró su fúnebre y eterna posición.

Aunque el descubrimiento del cadáver fue asombroso y alarmante, a tres de los restantes herederos de Wernon Priest no les interesaba en absoluto que la policía tomara cartas en aquel enigma misterioso y desconcertante.

El doctor Roger Langelan, extorsionado por un motivo que se ignoraba, fue quién se encargó nuevamente de resolver aquella difícil papeleta.

Extendió de inmediato un acto de defunción en la que se decía que la viuda de Priest, enfebrecida, en un arrebato de desesperación, apretándose la garganta con sus propias manos, debido al dolor físico con que trataba de compensar al moral por el terrible golpe sufrido... se había estrangulado a sí misma.

Hugh Howard, forense de Joliet, que lo mismo hubiese podido ser barrendero municipal, nunca se metía en malsanas averiguaciones. Corroboraba a pies juntillas lo dicho por los facultativos de cabecera... ¡y a vivir!

Máxime, cuando si se pensaba un poco, uno tenía que enfrentarse con la papeleta fea y desagradable de que... un muerto asesinaba. Valía muchísimo más certificar «propios»

estrangulamientos.

El caso es, y fue, que a Wernon Priest y a su joven esposa, los enterraron en el cementerio de Joliet un mismo y grisáceo atardecer.

Joliet sólo tenía un cementerio.

¿Para qué quería más, verdad?

Erguía-se en la cima de una de las colinas que formaba aquella sucesión de montañas que rodeaba el pueblo, frente a una de las penitenciarias.

No era excesivamente grande. Además, podía ir ampliándose conforme la gente fuera causando baja forzosa en el censo de los vivos. Lo rebordeaba una larga y baja tapia salpicada por pedacitos de cristal en su extremo superior. Era una medida de precaución absurda... ¿qué o quién iba a robar algo en un cementerio? Además, por contra, la portezuela de hierro que se alzaba en el centro de la verja, siempre estaba abierta.

¿Conque quién iba a robar nada en un cementerio, eh?

¡Pues Don Forseth y Andy Holsbo!

Sí, ellos tenían la agradable y simpática ocupación de robar cadáveres; ellos se encargaban por la noche de desenterrar a los «fiambres», para luego venderlos a cierto doctor desaprensivo que para estudiar y ensayar con ellos pagaba bastante bien por cada difunto. Lo importante y primordial era dejar la tumba igual que antes de la particular exhumación, para que los familiares, cuando acudiesen a llorar y depositar flores, no se «olieran» que les habían «birlado» a su muertecito del alma.

Y como de noche, a nadie se le ocurría acercarse por el cementerio, ya que el noventa y nueve por ciento con sólo imaginarlo se estremecían, Forseth y Holsbo podían trabajar bien y a conciencia.

Como estaban haciéndolo aquella noche.

En la que habían dos cadáveres para desenterrar... ¡suelo extra!

La primera tumba en la que removieron la tierra fue aquélla en la que según la piedra en forma de cripta, situada a la cabecera de la fosa, descansaban los restos del propietario de la funeraria Wernon Priest.

¡Les costó lo suyo extraer el pesado ataúd de caoba!

—Fíjate, Andy —dijo Don señalando la tapa del féretro—. Nunca

había visto un ataúd con esos tres agujeros ahí arriba.

—¡Quita, hombre! —exclamó el otro—. ¿Y qué más da? ¡A nosotros nos interesa el muerto, no el ataúd! Venga, ayúdame a abrirlo.

Lo abrieron.

Y se disponían (uno por los pies y otro por la cabeza) a sacar el «fiambre» del féretro... cuando el cadáver cobró movimiento por sí mismo.

¡Empezó a incorporarse!

—¡NOOOO! —gritó Don Forseth.

—¡Es imposible! —aulló Andy Holsbo.

Yambos corrieron despavoridos hacia la salida del cementerio.

Entretanto, el horrible resucitado, fatigosamente, se encargaba de hacer lo propio que hubiesen hecho el par de ladrones de cadáveres. Devolver el ataúd al interior, vacío, y tapiar la sepultura dejándola exactamente igual que antes de abrirse.

Resultó ser que William Manning, notario que procedente de no se sabía dónde, habíase instalado en Joliet hacía exactamente dos días, leyó un testamento firmado por Linda Joyce, heredera universal de Wernon Priest, en el que ésta legaba toda su herencia a sus cuatro sobrinos James, Reginald, Marcia y Samantha.

Esta última renunció a la parte que le correspondía y los otros tres se alegraron lo suyo.

De esta forma, la empresa de pompas fúnebres y el crecido saldo que en la sucursal de Joliet del «National Bank of Chicago» tenía Wernon Priest, una vez pagados los derechos estatales, pasó a manos de los tres sobrinos del extrañamente fallecido matrimonio.

Y el mismo día en que se hicieron cargo de la funeraria, murió un hombre en el pueblo. Se trataba de un individuo que sólo tenía un familiar lejano, y éste, aunque se hizo cargo económico de las exequias, pidió que lo velaran en la misma casa de pompas fúnebres, donde, a la antigua usanza, había una estancia destinada a tales efectos.

James les dijo a sus primos:

—Por si se le ocurre venir algún vecino, yo le velaré en el primer turno. ¿De acuerdo? Luego te llamaré a ti, Reginald; y tú llamarás a Marcia.

Los otros dos asintieron.

Y así, después de cenar, James pasó a la sala del velatorio.

Se puso con un taburete en un rincón a leer el periódico.

Ni se fijó en el cadáver.

Hasta que oyó un ruido extraño en el ataúd y alzó la cabeza para percatarse de qué se trataba.

Vio que el muerto se levantaba.

¡Y que era su tío Wernon Priest!

—Soy yo, James... —susurraba el sonriente cadáver.

Y James Priest, que sufría una dolencia de corazón se desmayó instantáneamente.

No supo cuánto rato permaneció sin conocimiento pero le despertó su primo Reginald a las dos de la madrugada, quien se extrañaba de que no le hubiese llamado para su turno.

—¡Mira el cadáver! —gritó al volver en sí—. ¡Es el, es el tío Wernon!

Reginald se acercó al ataúd.

Miró al interior.

—¡Eh...! ¿Oye? ¿Estás soñando o te has vuelto loco? El que hay aquí dentro es el desgraciado de Charle King.

James Priest acudió a cerciorarse.

¡En efecto! ¡Era el cadáver cuyo velatorio se les había encomendado!

No obstante, James, a la mañana siguiente, reunió a sus primos Reginald y Marcia explicándoles de principio a fin lo que le había sucedido con el cadáver que debían velar.

Incluso Samantha, que acudió a visitarles, se enteró de lo que ocurriera.

Y eso, junto con otro importantísimo detalle que para ella no estaba nada claro, aunque para el pueblo entero de Joliet había pasado desapercibido, hizo que la muchacha...

CAPÍTULO PRIMERO

Nombre y apellido: Mark Barton.

Profesión: sus «revolcamientos» en las basuras y porquerías de los demás.

Quiero decir, investigador privado.

Con oficina abierta en: 872 de Jackson Boulevard, Chicago, D. C.

Un tipo activo y dinámico el tal Barton.

Con buena planta. Respondía a la imagen que los clientes se formaban del que iba a ser su detective.

Al principio no le había ido muy bien, pero más tarde, un par de casos espectaculares con mucho bombo en la prensa, le habían dado nombre, fama y «pasta».

Se permitía el lujo de pisarle el terreno a la «bofia» y de traer en jaque a más de un tenientillo de tres al cuarto de la Brigada de Homicidios.

Un amigote suyo que era redactor del «Chicago Sun», para rodearlo de una más sensacional aureola, le había dado el sobrenombre de «el intocable».

Eso reventaba a más de un capitán de la Metropolitan Police y hacía que esperaran con verdadero deleite la oportunidad de pillar a Barton en falso.

Les iba a resultar difícil.

El pesquisa se las sabía todas.

Además era un trápala.

Porque en muchas ocasiones el problema de sus clientes era el mismo: un joven marido, una rubia de pocos prejuicios y menos vergüenza del Cicero, y la merma considerable de su cuenta bancaria.

Entonces Barton localizaba al fulano en cuestión y le planteaba la papeleta. Si el muchacho era avisado, cosa que solía suceder con frecuencia, sabía comprender al detective a las primeras de cambio.

Y éste, reacio y digno en un principio, acababa cediendo al soborno. Luego redactaba un extenso informe acerca de los muchos y elevados gastos que el «maridito» realizaba, contribuyendo a las construcción de tres centros benéficos y un hospital para subdesarrollados mentales.

¿Poco ético? ¡Desde luego! Pero la lucha por la subsistencia, amigos, es muy dura.

Mark Barton, en la actualidad, tocaba pocos asuntos de aquéllos. Él, ahora, se dedicaba a cuestiones de privilegio.

Por eso tenía una secretaria de postín.

Pamela Sauve, la «secre» a que se alude en el párrafo anterior, estaba pero que muy colmada de privilegios por la madre naturaleza. Chicas como aquélla solamente se veían en viñetas de revistas frívolas o en calendarios prohibidos, de éstos que los maridos ven en casa de los amigos solterones.

Era rubia, muy rubia. No todo natural, por supuesto. Los tintes, en la actualidad, hacen prodigios. Pero también dicen que los hace la corsetería femenina, y en ese aspecto, Pamela, se permitía demostrar que no necesitaba nada de nada. Todo era suyo y muy suyo. Con la suficiente abundancia como para rechazar olímpicamente trampas y cartones.

Por si a alguien le cabían dudas, le gustaba exhibirlo.

Así era Pamela Sauve. Así había que tomarla.

Mark, mejor la cogió por la cintura, y la besó en la boca.

Después:

—¿Algo nuevo, prenda?

—No... Si acabo de llegar. No me has dejado ni arreglarme.

—¿Para qué quieres arreglarte más, muñeca?

—Para gustarte más.

—¿Y el bobo de tu novio? ¿Sigue empeñado en querer casarse?

—¡Bah...! Es un estúpido. Oye, Mark, ¿cuándo iremos a pasar otro fin de semana a tu cabaña del lago?

—Cualquier día de éstos, prenda. ¡Ah...! ¿Has leído el periódico, nena? Max Travers me dedica un editorial entero destacando mi actuación en el asunto de «Chico» Morgan.

—Pronto vas a ser más célebre que el presidente, jefe.

—¿Acaso no lo soy para ti?

—O. K. ¿Tienes que dictarme alguna carta?

—Esta mañana no. Por la tarde ya buscaré alguna excusa para saber si has engordado en las últimas veinticuatro horas.

Tirándole un beso con la punta de los dedos, mientras ella se arreglaba un fino tirantito, Mark pasó a su despacho.

¡Qué chica aquélla! ¡De muerte!

Se puso tras la mesa y abrió el cajón que hacía funciones de mueble-bar.

Botella de *whisky* al canto y trago que te crió.

Se retrepó en la butaca.

¡Buena vida!

Hacía días que lo dejaban tranquilo.

Desde que se acabara el asunto de «Chico» Morgan. Caso en el que, como de costumbre, le había dado un buen «sobo» a la policía.

El día que lo engancharan... ¡las iba a pagar todas juntas!

¡Y un cuerno lo iban a coger a él!

Un pitillo.

Fumó con fruición.

Hasta que se encendió la luz roja del intercomunicador y oyóse decir a la voz de Pamela, en tono muy profesional lo cual indicaba que había «pagano» (de los de pagar) a la vista:

—La señorita Samantha Priest desea verle, señor Barton.

—Hágala pasar —respondió él.

Apagó el cigarrillo y se puso en pie, sacudiendo unas hipotéticas motas de polvo del faldón de su chaqueta. Abandonó la mesa acercándose a la puerta.

Se abrió aquélla. Pamela se hizo a un lado para dejar paso a la mujer.

Lo de señorita estaba por ver. Pero que era de verdadera antología se estaba viendo ya.

Allí, erguida majestuosamente contra el umbral, mostrando su cuerpo recortado en el interior de un ajustado traje sastre de color negro.

—¿El detective Barton? —inquirió ella, en un tono más sinuoso y ondulante que sus propias curvas.

—Yo soy —repuso él. Y mostrándole una de las butacas que quedaban frente a la mesa, la invitó—: ¿Quiere tomar asiento, por favor?

Lo hizo. Consciente de la impresión que le estaba causando al

hombre.

Barton se situó tras la mesa, fijando su mirada en los puntos más sobresalientes de la geometría de su cliente.

—He venido desde Joliet... para exponerle un caso bastante extraño, señor Barton.

Antes de hablar, Mark Barton, la observó largamente.

Tenía el rostro tostado por el sol. Enmarcado por una mata de cabello color cobrizo que le caía sobre los hombros como una salvaje y apasionada catarata. Bajo las cejas, cuidadosamente depiladas, surgían, suaves y rizadas, unas largas pestañas. Por entre ellas brotaban los rayos refulgentes de unas orientales pupilas de intenso verdor profundas y misteriosas que cobraban vida y color dentro de unas órbitas oblicuas y pronunciadas hasta las sienes. La boca como una herida escarlata, jugosa y ondulada, parecía obedecer a los trazos seguros de un experto pincel.

Fuera de serie.

Ponía a Pamela en el terreno de la vulgaridad.

—Imagino que será muy importante —dijo Barton al término de su minucioso estudio—, dando el hecho de que ha recorrido cincuenta kilómetros para contármelo. Esto... ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí. Está en su derecho.

—¿Por qué me ha elegido a mí, señorita Priest?

Ella, como asombrada, parpadeó.

—¿Le extraña? Cuántos periódicos procedentes de Chicago llegan a Joliet no hacen otra cosa que hablar de usted. Es lógico pues, que para un asunto delicado se elija a quien merece crédito y garantías.

—Me halaga —hizo una inclinación de torso hacia la mesa. Luego—: Y bien, ¿de qué se trata?

—Pues... le repito que se trata de un caso bastante extraño.

Como ella había enmudecido, él intervino:

—Si usted no me lo cuenta, siempre estaremos en el mismo punto.

Samantha se sofocó ligeramente. Y sonriendo tenue, dijo:

—Sí... tiene usted razón. Verá, todo comenzó con la muerte de mi tío Wernon Priest.

A partir de aquel instante, Samantha Priest narró los hechos,

punto por punto, tal como habían sucedido. Al término de su larga explicación, razonó:

—Yo, señor Barton, no admito que Linda Joyce se estrangulara con sus propias manos. Eso resulta imposible aun deseándolo. Prueba de ello es que quienes se suicidan lo hacen ahorcándose.

—Tiene usted mucha razón, señorita Priest. Pero si no aceptamos la explicación que dio el forense, teniendo en cuenta que la estancia estaba cerrada, que no entró ni salió nadie, que ustedes cuatro permanecían en ese rincón y ella a la cabecera del féretro... ¿debemos suponer que la asesinó el cadáver?

—Pues... ¡sólo de pensarlo me estremezco! Pero ¿qué otra explicación si no? Además... ¿por qué luego tío Vernon se le apareció a mi primo James?

—Puede tratarse de un sueño o de una alucinación. Verdaderamente, señorita Priest, y examinando el asunto de una forma somera, son muchas las cosas extrañas que se desprenden de él. Usted que tantas preguntas parece haberse hecho... ¿no se ha preguntado cómo surgió tan a punto el testamento de su tía Linda? ¿Acaso suponía ella que iba a morir?

—También he pensado en ello —cabeceó la muchacha—. Por todo en general es por lo que quiero que usted investigue el asunto.

—¡Pero...! ¿Qué es en realidad lo que debo investigar?

—La verdad...

—¿La verdad?

—¡Sí...! ¡La horrible verdad que yo creo que se esconde tras la muerte de mi tío y de su mujer!

—La Policía de Joliet no puso reparos a la extraña muerte de la mujer de su tío.

—No... No podía ponerlos desde el momento en que el forense aceptó como genuina la versión que del hecho dio el doctor Langelan.

—¿Ha dicho usted que tanto el doctor Langelan como el notario Manning son nuevos en Joliet?

—Sí... pero el notario es el más reciente de los dos. Creo que se instaló allí apenas dos días antes de que mi tío muriese.

—Lo cual confirma mi extrañeza con respecto al testamento, tal como le he dicho antes. Esto... —Mark hizo una pausa, como si se mantuviera dubitativo, y al fin inquirió—: ¿Por qué quiere en

realidad que yo remueva todo este asunto, señorita Priest?

Ella se mordió el labio inferior.

—Creo... creo que ni yo misma lo sé. Aunque en verdad, lo cierto, es que intuyo algo monstruoso, diabólico, que quizá pueda llegar a amenazar mi seguridad. Pongamos que lo deseo... un poco por temor. ¿Va usted a aceptar el caso, señor Barton?

—Debo decirle con toda sinceridad, que si me lo hubiera expuesto otra persona que no fuese usted no hubiese aceptado. Demasiado confucionismo, una madeja excesivamente enredada y poco prometedora. Pero hay algo en usted, Samantha, que me hace casi obligar a que acepte.

Ella, halagada y sorprendida, enrojeció.

Para salir del paso, susurró:

—No le entiendo...

—A una mujer tan hermosa como usted no debe resultarle difícil comprender, Samantha —dijo él. Y viendo que las mejillas de la muchacha seguían encarnándose, habló desviando los derroteros de la conversación—. ¿Le parece bien que llegue mañana a Joliet para iniciar las investigaciones?

—Sí... Me parece perfecto.

—¿Quiere darme su domicilio, por favor?

—236 de la Main Street.

Luego de tomar nota en una hoja de bloc, Barton se puso en pie, diciendo:

—Hasta mañana, entonces.

—Le agradezco que haya aceptado —dijo la hermosa muchacha, alzándose también.

—No me dé las gracias... por favor, o tendré que repetirle los motivos que me han impulsado a aceptar.

Una vez más, ella se puso encarnadita.

Así, con las mejillas rojas, estaba más mona.

Preguntó, con un susurro de vocecilla:

—¿Vendrá directamente a mi casa?

—Sí, desde luego. No conozco Joliet y necesitaré de una experta cicerone. ¿De acuerdo?

—De acuerdo...

El detective la acompañó hasta la puerta. Desde el umbral observó la esbelta silueta que se perdía escaleras abajo.

Viéndola así, siguiendo con la mirada el contoneo de su figura bien formada, creyó que flotaba en la atmósfera.

A pesar de lo de la ley de la gravedad.

Le asaltó una duda al respecto. ¿Habrían entendido bien aquello de que los cuerpos se atraían con razón directa de sus masas e inversa al cuadrante de sus distancias?

—¿No sería... que cualquier masa bien formada atraía desde lejana distancia?

¡Vaya bombón!

—¿Vas a pasarte la mañana en la puerta, jefe? —Oyó que le preguntaba su explosiva secretaria.

Cerró, volviéndose hacia la rubia.

—¿Sabes una cosa, prenda?

Ella, vanidosa, esponjándose como un pavo real, le interrogó con la mirada primero. Y luego:

—¿Qué cosa?

—Que creo firme y decididamente que te conviene el canijo de tu novio. En cuanto te vuelva a proponer matrimonio, acepta.

Ella, tiró furiosamente del borde de su vestido para que aquel cretino no contemplara tan siquiera sus rodillas.

—Mark... —dijo muy despacio, tratando de dominar su ira—, nunca, nunca jamás, vuelvas a ponerme la mano encima. No intentes tocarme porque te sacaré los ojos, ¿entiendes?

Alzó, desafiante, su rostro exótico y atractivo.

Él, caminó hacia delante. Se detuvo a un paso de la mesa y alzando el índice de la diestra, advirtió:

—Te engañas, prenda. Tú estás deseando que «tío» Mark te bese, ¿me equivoco?

E inclinándose, acercó su rostro a dos dedos del de ella.

Los ojos de Pamela chispearon. Le mostró sus afiladas uñas.

—¡Inténtalo! ¡Atrévete...!

¡Y vaya si se atrevió! Sujetándola con fuerza por los hombros estampó sus labios sobre los femeninos.

La muchacha intentó desasirse del férreo abrazo. Lentamente fue cediendo, y por último, enroscó las manos a la nuca del detective.

Esta vez el ósculo se prolongó indefinidamente.

Al separarse, Mark la miró y dijo:

—Así estás mucho mejor. Cuando asomo me gusta mirar tus

deliciosas piernas.

Y se largó a su despacho.

Tras un tragazo de *whisky* sentóse a la mesa y se puso a pensar en el asunto que había venido a contarle una muchacha llamada Samantha desde una pequeña ciudad situada a cincuenta kilómetros de Chicago.

Joliet.

CAPÍTULO II

En la habitación se percibía como un susurro.

La respiración acompasada del durmiente.

Que de repente se hizo agitada.

Unos brazos manotearon por entre las sábanas y unos dedos nerviosos buscaron el conmutador de la luz.

Se encendió la lámpara de la mesa de noche.

James Priest, que se había despertado sobresaltado, con la agobiante sensación de que había dejado de estar solo en la estancia... miró a su alrededor temerosamente por si se confirmaba su presentimiento.

Nada.

Estaba solo en la habitación.

¡Eh...! ¡Algo se había movido! ¿Dónde? Sí... se habían movido sinuosamente los tupidos cortinajes de terciopelo que ocultaban las dos amplias puertas que daban acceso al balcón.

¿Se habían movido en realidad...?

¿O era su imaginación?

Los nervios lo estaban traicionando.

No obstante, necesitaba cerciorarse.

Saltó de la cama, asegurándose la cinturilla del pantalón del pijama:

Despacio, sintiendo a cada paso un vivo terror, caminó hacia los cortinajes.

Extendió los dedos hasta rozarlos con la yema de éstos.

Acabó por apartarlos de un manotazo.

—¡Nooooo!

Un grito infrahumano escapó de su garganta, al tiempo que los cortinajes se entreabrían.

Porque tras aquéllos... se hallaba rígidamente vertical y enhiesto el cuerpo de su tío Wernon Priest.

Que se movió.

—Ayer sólo fue una advertencia... ¡hoy vengo a matarte!

Lógicamente, James Priest, un hombre joven, tenía que tener muchísima más fuerza que el cadáver resucitado de un viejo.

Pero en este caso la lógica se derrumbó por su base. La escasa fuerza moral y el terror, mermaron considerablemente la fuerza física de James.

Wernon Priest, el extrañamente resucitado, pudo aferrarle por la garganta e ir apretando lentamente hasta terminar por asfixiarlo.

Lo soltó.

Y todo aquel cuerpo varonil lleno de apostura que las mujeres miraban de soslayo con complacencia, se vino a tierra, desmadejado, desarticulado, como un muñeco de trapo deshecho...

Estaba muerto.

Y con él había muerto su ambición.

Con presurosas zancadas, el asesino desapareció tras los cortinajes, saliendo por la puerta que desde el amplio balcón daba acceso a la baranda.

Cuando un par de minutos después, Reginald y Marcia, cubiertos sus cuerpos con batines de noche, empujaron la puerta de la habitación de su primo James alarmados por el grito...

Lo encontraron al pie de los cortinajes, estrangulado, muerto.

—¡Santo cielo! —murmuró Reginald.

Y ella, sin poder contenerse, llevándose las manos a la garganta, gritó:

—¡Socorroooooo!

CAPÍTULO III

Menos de treinta y cinco minutos necesitó Mark Barton para plantarse desde el centro de Chicago a Joliet.

A bordo de su flamante y fantástico «Aston-Martin-DBS», extraordinario vehículo metalizado en color ámbar que podía alcanzar fácilmente los

250 km

por hora.

Joliet estaba aquella mañana algo revuelto, porque la noticia del estrangulamiento de James Priest había corrido por la ciudad como un reguero de pólvora.

Mark ya observó algunos corros de gente que comentaban y gesticulaban con cierto apasionamiento, pero momentáneamente no pudo relacionar aquella general confusión con el caso que lo llevaba a él hasta allí.

Aparcó frente al 236 de la Main Street que, como su nombre indicaba, era la calle mayor y principal de Joliet. En ella se veían muchos comercios y edificios de línea arquitectónica moderna.

El que correspondía al 236 era uno de aquéllos.

Por los buzones adosados en las paredes del rectangular vestíbulo, Mark supo que Samantha ocupaba el apartamento c del tercer rellano.

Rechazó olímpicamente el ascensor «tirando» de escaleras.

Puerta C.

Oprimió el pulsador.

Primero se escuchó un musical campanilleo y luego el vivo taconeo de una mujer.

Se abrió la puerta. Con precauciones inicialmente... de par en par después.

Samantha, encuadrada en el umbral, mostraba el bello rostro desencajado.

—¡Menos mal que ha llegado usted! —suspiró, como si la presencia de él la aliviara.

Mark, sorprendido por el aspecto de Samantha, inquirió:

—¿Ha sucedido algo?

Ella hizo un gesto entre abatido y patético.

—¿Algo...? ¡Han estrangulado a mi primo James!

—¡Narices! —exclamó Barton, retirando a tiempo otra exclamación menos ortodoxa que había tenido a flor de labios—. ¿Cuándo ha sucedido?

—Esta noche. Pero... pase, por favor.

Ella iba ceñida en el interior de una bata larga de tonalidad rosada cuya tela modeló el suave cimbreo de sus caderas mientras avanzaban por un estrecho pasillo.

Asomaron al *living*.

Samantha señaló una butaquita.

—Siéntese.

Ella lo hizo en la gemela. Ambas estaban separadas por una mesita ratona de poliéster.

—Imagino que ahora sí habrá intervenido la policía... ¿no? —inquirió él.

—Desde luego —cabeceó Samantha—. Nos han tomado declaración a todos los familiares. Pero la policía se circunscribe únicamente al asesinato cometido en James. Y yo... como ya le dije ayer, temo que el hecho arranca de otro anterior de magnitud monstruosa.

—¿Cómo...?

—No quisiera decir disparates porque hasta hoy me creía una persona sensata, pero ahora, dudo de mis propias convicciones. Nunca he sido aficionada a creer en supercherías ni en leyendas fantasmagóricas pero...

Enmudeció, mordiéndose el labio inferior.

—Pero... ¿qué? —insistió el detective.

Ella se mantuvo unos instantes en silencio. Luego, con cierta torpeza, balbució:

—Que... empiezo a pensar en... en resucitados.

—¡Por Dios! ¿Se está refiriendo a su tío Wernon?

Un escalofrío espasmódico recorrió el frágil y cimbrenso cuerpo de la muchacha.

Sin apenas voz, articuló:

—Sí...

—¡Eso es absurdo! Destierre esos pensamientos. Todo lo que ocurre en la tierra tiene una explicación lógica y verosímil aunque en principio no sepamos verla. Dejando a un lado el problema familiar que tanto parece a usted preocuparla, ¿tenía enemigos su primo James?

—Lo ignoro. Pero no creo que los tuviera. Hacía la vida normal que todos hacemos en Joliet.

—¿Dónde vivía?

—Desde que murieron tío Wernon y su mujer, él, Reginald y Marcia, se habían trasladado a vivir al edificio de las pompas fúnebres —un latigazo de temor recorrió su cuerpo con sólo pronunciar las dos últimas palabras. Añadió—: Descartando la venganza personal de un pretendido enemigo, como usted ha querido señalar, me pregunto ¿quién? ¿Quién podía tener interés en asesinar a James?

Mark Barton esbozó una suave sonrisa.

—Se asombraría usted, Samantha —dijo—, si yo le explicara los motivos por los cuales muchos individuos han llegado a asesinar.

—Sí... no lo dudo. Pero eso sucede en las capitales como Chicago y Nueva York. No en los pueblos como Joliet.

—Puede que tenga algo de razón. Bien... ahora, con la policía de por medio, las investigaciones se me pondrán más difíciles. Veamos, ¿quién es el jefe de policía en Joliet?

—Harold Alter. Un individuo que está anquilosado por los muchos años que lleva sentado en el mismo sillón sin que suceda nada que le obligue a lubricar los músculos del cerebro y el pensamiento.

—Pues pienso empezar haciéndole una visita a él. Dígame dónde puedo encontrarle.

—En la jefatura. Que está en Madison Street. Es la tercera bocacalle que encontrará, saliendo de mi casa a la izquierda. ¿Quiere que le acompañe?

—No, Samantha. Se lo agradezco. Pero prefiero desenvolverme más cómodamente, o sea, sin tener las manos atadas por nadie.

—Entiendo... ¿Nos veremos luego?

—Sí, por supuesto.

En aquel despacho todo se caía de puro viejo.

Hasta al ventilador que había encima de un estante le faltaba un aspa.

Mark, miró a su alrededor.

Luego, al tipo gordito que tenía enfrente.

—¿Es usted Harold Alter?

—El mismo. ¿Y usted?

El recién llegado, en lugar de respuesta, formuló una pregunta aparentemente absurda:

—¿Lee usted los periódicos de Chicago, jefe?

—A veces. Pero...

—Entonces seguro que habrá oído hablar de mí. Detective privado Mark Barton.

—¡Sopla! ¿«El intocable»?

—Entero de pies a cabeza.

—¿Y qué se le ha perdido a usted en Joliet?

Mark se acomodó en una silla que había enfrente, cruzando las piernas con negligencia.

—Perder... lo que se dice perder, en Joliet no se me ha perdido nada. Ahora bien, investigar, lo que se dice investigar, puede que sea una palabra más acertada. ¿Me entiende, jefe?

Harold Alter, jefe de Policía de Joliet, ya hemos apuntado que era gordito. Agreguemos pues, que era además macilento y barrigudo, que tenía doble papada y que su prominente abdomen le chocaba contra la mesa. Tenía unos pequeños ojillos negros, movedizos, escrutadores.

—Esto no es Chicago, «intocable» —advirtió, dando a entender que se situaba en su «sitio».

—O. K., jefe. Ya me he percatado de ello al llegar. ¿No se interesa por mis investigaciones?

—Mientras no me afecten... —Se encogió de hombros.

—Si he venido, es porque sé que le interesan. Familia Priest. Un miembro asesinado.

—¡Eh, alto ahí! ¡Ese terreno está vedado!

—No sea iluso, jefe. Con mi licencia en regla y un cliente que me pague, puedo investigar cualquier asunto en el punto más remoto de la geografía estadounidense. ¿Lo entiende? Trato de hacerle un favor, pero si no se pone razonable...

—¿Un favor? —Se acarició la doble papada—. A ver, explíquese.

—Pondremos las cartas boca arriba, jefe. Usted, sabe tan bien como yo, que es incapaz de encontrar al asesino de James Priest so pena de que se lo traigan amarrado y metido en un saco, ¿cierto?

Encogiéndose, con lo cual se hizo más pequeño de lo que era, admitió:

—Sí... cierto.

—Veo que vamos a entendernos —sonrió el detective. Agregando—: Usted me da carta blanca, hace oídos de mercader a lo que la gente pueda decir que está haciendo un forastero aquí... y yo acabaré por traerle al asesino de James Priest, metido en el saco del que hablábamos. ¿De acuerdo?

Movió su cabeza, que parecía una bolita de grasa, afirmativamente.

—De acuerdo. Pero... no se pase demasiado de la raya.

—¡Eh, jefe, sin condiciones! Eso es cosa mía. ¿Sí o no?

—Sí... está bien.

—¿Algún presunto sospechoso del asesinato de James Priest?

—¡Cá! —negó con la cabeza—. ¡No hay ningún sospechoso!

—Bien. Como yo comulgo con otras teorías y conozco detalles del caso, precedentes al crimen, por supuesto, que usted ignora, iniciaré mis investigaciones partiendo de otro punto. ¿Qué puede decirme de un individuo llamado William Manning?

—Lo que cualquier habitante de Joliet. Que es notario y que hace pocos días se instaló aquí.

Mark Barton se puso en pie. Con una sonrisa mezcla de lástima y suficiencia, interrogó:

—¿Puede al menos darme su dirección?

—Sí, eso sí... —Abrió un fichero que tenía encima de la mesa. Dijo—: North Boulevard 27.

—Gracias, jefe. ¡Ah...!, y no olvide cumplir su parte en el trato.

De esta forma abandonó la jefatura, Mark Barton cuya personalidad se había engullido a la de Harold Alter desde las primeras de cambio.

CAPÍTULO IV

Número 27.

North Boulevard.

Era una torrecita de esas que no tienen un estilo arquitectónico definido y que más bien parecen obedecer al signo caprichoso de su diseñador.

La rodeaba una verja que más que obstáculo para rateros o método de protección, era un motivo ornamental más.

Tras la verja a la que se tenía acceso por un pequeño y arqueado portalón que recordaba el estilo árabe, se iniciaba un jardín con visos de pequeña jungla.

Lo serpenteaba un caminito de grava y arena que discurría entre arbustos, setos, cuadros de flores y césped.

Iba a morir al pie del porche al que se llegaba tras salvar tres amplias escalinatas de piedra.

El referido porche estaba flanqueado por un par de columnatas de granito picado.

En un lado de la jamba de la puerta había un pulsador que el detective Mark Barton se encargó de apretar con el pulgar de la mano zurda.

Oyóse un musical campanileo.

Abrió, con precauciones, una nena muy mona.

Vestía de blanco y negro. Vestido y delantal de cada color. Y hasta llevaba cofia.

Pizpireta.

Con unos ojazos grandes cuyas pestañas aleteaban con la velocidad de las aspas de un ventilador.

—¿Qué desea, joven?

Mark la miró de arriba abajo intencionadamente. Y dijo, con más intención aún:

—¡Uy! ¡Desearía tantas cosas! Pero de momento me conformaré

con visitar a tu jefe.

—¡Oh, lo siento! El señor Manning sólo recibe por las tardes de 4 a 7.

—El que lo lamenta soy yo, prenda. Conmigo va a tener que hacer una excepción. Anda, ve y anúnciame o tendré que pasar y hacerlo yo mismo.

—Es usted muy atrevido, ¿eh?

—¡Si tú supieras! ¡Atrevidísimo!

—¿Ya quién anuncio? —cedió ella.

—Al detective Mark Barton de Chicago.

—Bien... —Ahora fue la muchacha quien lo observó complacida de pies a cabeza—, tenga la bondad de aguardar un momento.

El vestíbulo estaba amueblado con mobiliario regio, pesado, antiguo.

Ello denotaba que el notario había arrendado aquella finca con muebles incluidos.

Al cabo de cinco minutos regresó la pizpireta fámula.

—¿Quiere seguirme?

—O. K.

Caminaron por un pasillo alfombrado con una tenue esterilla, al que asomaban varias puertas.

Ella se detuvo, para llamar sobre la penúltima de la izquierda.

Una voz cascada, invitó:

—¡Adelante!

La muchacha abrió la puerta.

—Puede pasar —dijo, mostrando el camino con un ademán.

Y se retiró, cerrando.

Aquello era despacho, sala de estar y biblioteca. Este último uso lo cumplía en función de las estanterías que ocupaban tres de las cuatro paredes, atiborradas de libros, la mayor parte encuadernados en tela, piel y oro.

Al fondo, había una pesada mesa, arcaica, recargada de molduras extrañísimas, talladas en caoba.

Tras ella estaba William Manning.

—¿Quiere sentarse, por favor? —invitó, señalando una de las dos mullidas butacas de cuero repujado que habían frente a la mesa.

Barton tomó asiento.

Miró a Manning.

El referido era un auténtico «bicho» raro bastante difícil de describir. Empezaremos diciendo que era bastante viejo. Si no tenía los setenta años le faltaba muy poco para cumplirlos. Era delgado hasta la exageración, tan delgado, que obliga a decir que tenía la piel pegada al hueso sin carne de por medio. Se hace honor a la verdad diciendo que era repelente y repulsivo por su aspecto y por aquel crujido apergaminado de sus huesos. Llevaba unas anticuadas gafas de espesa montura redonda de concha, con gruesos y empañados cristales que no permitían identificar el colorido de unos ojos que se adivinaban pequeños, inquietos, movedizos. Una perilla mefistofélica culminaba su chupado rostro en el que destacaban unos puntiagudos y salientes pómulos.

Luego de haberse estudiado mutuamente, el notario habló:

—No es mi costumbre recibir por las mañanas, pero teniendo en cuenta que usted parece haber venido de Chicago...

—Exactamente —le atajó Barton—. He venido de Chicago y con un gran interés por entrevistarme con usted.

—¿Se trata?

—Del testamento que al parecer dejó en sus manos una muchacha llamada Linda Joyce.

—¡Ah, sí, Linda Joyce! ¡Qué trágica muerte la suya!

—Desde luego. Y hay algo en el referido testamento que no acabo de ver claro, señor Manning. A ver si usted me ayuda...

—No comprendo...

—Entenderá, señor Manning. Yo no me explico el hecho de que Linda Joyce, aunque se supiera heredera universal de su marido Wernon Priest, redactara un testamento sobre lo que no sabía exactamente que le pertenecería; no concibo que lo redactara con tanta urgencia; y no me explico que lo eligiera a usted precisamente, siendo un notario que acababa, en el sentido literal de la palabra, de instalarse en Joliet. ¿Tiene usted respuesta para mis... «no me explico»?

El viejo notario se acarició pensativa y lentamente la mefistofélica perilla.

Susurró:

—Creo que sí.

—Bien. Le escucho.

—El testamento que la desgraciada Linda Joyce redactó en mi

presencia, no era específico, señor... ¿cuál ha dicho que era su nombre?

—Barton. Mark Barton.

—Bien, señor Barton —siguió el notario—, como le digo, el testamento no era específico. O sea, que ella no dejaba cantidades ni piezas determinadas, precisamente por estar ignorante del contenido del que ella era beneficiaria. En consecuencia, se limitó a escribir lo siguiente, que yo le diré en palabras parecida o aproximadas: «Todo lo que sea de mi propiedad a la hora de mi muerte, es de mi entera voluntad y lo digo en pleno conocimiento y uso de mis facultades mentales, que sea repartido por partes iguales entre mis cuatro sobrinos, James, Reginald, Marcia y Samantha». Éste venía a ser, aproximadamente, el testamento de Linda Joyce. Como una de las sobrinas renunció a su parte...

—Conozco ese detalle, señor Manning.

—Bien. Trataré de seguir contestando a sus «no me explico». En cuanto a la urgencia... considero que fue debido a que ella vio a su marido muy grave y pensó, que de sucederle algo también a ella, los asuntos no quedaban debidamente legalizados si no redactaba un testamento. Yo, es una opinión personal, creo sinceramente que lo hizo para tranquilidad de sí misma. Con referencia al hecho de que me digiriera a mí, un notario nuevo y desconocido en esta ciudad, opino que influyó el factor psicológico de que ella pensó que, precisamente por ser nuevo y no conocerla, yo no le formularía preguntas incómodas y embarazosas, limitándome a cumplir con mi obligación —hizo una breve pausa, carraspeó, y atusándose una vez más la perilla, agregó—: Eso es todo cuanto puedo decirle, señor Barton. Espero haber rellenado cumplidamente sus interrogantes.

El detective ensayó una sonrisa con matices burlones.

—Los ha contestado con tanto acierto, señor Manning, que de no ser imposible, diría que usted aguardaba mi visita y sabía perfectamente los interrogantes que yo iba a plantearle.

—Usted mismo lo ha dicho, señor Barton: eso es imposible.

—Desde luego... —Se puso en pie.

—¿Puedo servirle en algo más, señor Barton?

—No. Muchísimas gracias. Ya ha hecho usted bastante por mí. Ha sido un placer...

Le tendió la diestra y sintió que eran unos dedos fríos y

tintineantes los que estrechaban, sin demasiada fuerza, los suyos.

El «Aston Martin-DBS» metalizado en color ámbar, ya empezaba a llamar la atención por Joliet. Y muchos empezaban a preguntarse qué era lo que había ido a hacer allí su tripulante.

Ahora quedó estacionado frente al 236 de la Main Street.

Minutos después, Mark estaba de nuevo en el coquetón *living*, sentado frente a Samantha.

Ella había sustituido la bata rosada por una sola pieza de color negro, con ribetes de terciopelo, que destacaban extraordinariamente la sensualidad de su fabulosa geometría.

Sirvió unos *whisky*.

—Al menos he conseguido carta blanca del jefe de policía —dijo él, mientras saboreaba el licor.

—No me extraña —respondió la muchacha—. Es un vividor «sanchopancista» de... «¡Aquí me las traigan todas!».

—Prefiero tropezarme con esa clase de policías que con los quisquillosos.

—Visto desde su ángulo interesado, es posible. Pero como ciudadana, ¿cree que puedo admitir lo que se hizo en el caso de la muerte de Linda Joyce?

—Cierto. Ése es otro punto que me intriga. Y quiero interrogar al respecto al doctor... ¿cómo me dijo que se llamaba?

—Roger Langelan.

—Pues quiero hablar con él. ¿Sabe su dirección?

—Sí... Vive en una vieja casona situada sobre una de las colinas que hay entre el cementerio y la penitenciaría grande como aquí la llamamos.

—¿Quiere acompañarme, Samantha?

—Lo haré encantada.

Se puso ella en pie.

CAPÍTULO V

Era un lugar francamente siniestro.

Rodeado de un paraje fantasmagórico en el que cualquier director cinematográfico no hubiese vacilado en situar la mansión de un Drácula moderno.

—¡Vaya sitio que ha elegido el doctor! —exclamó Mark, saltando fuera del automóvil.

—He oído comentar que vive aquí porque dispone de un amplio sótano en el que poder tener instalado un laboratorio experimental.

—¡De película, vamos!

La casona estaba rodeada por un descuidado jardín que tenía aires de jungla inhóspita y agreste.

Recorrieron un sendero lleno de pedruscos.

La puerta era de madera, en forma de arco, y lucía unos remaches ahora enmohecidos, que algún día habían sido dorados.

Mark hizo funcionar la pesada aldaba.

Resonaron los golpes.

Y al cabo de pocos minutos se abrió la puerta.

En el hueco que ahora quedaba entreabierto, se veía a una mujer que se quedó mirando con sorprendida extrañeza a la que acompañaba al detective.

Para exclamar seguidamente.

—¡Samantha...! ¿Tú por aquí?

—¡Marcia! Ignoraba que conocieras al doctor Langelan.

—Bueno... —Hizo la otra un gesto de consumada coquetería—, ya me conoces, somos amigos. ¡Eh! ¿Cómo no me presentas al tuyo?

Samantha, se veía claramente, estaba confusa, aturdida.

—¡Oh, sí... perdón! Mark, le presento a mi prima Marcia. Marcia, él es Mark Barton de Chicago.

—¡Vaya, de Chicago nada menos! Pues créeme que es un placer conocer a un personaje como usted, Mark. Si la memoria no me es

infiel, por lo que tengo leído en los periódicos... ¿no es usted detective privado?

—O. K., Marcia —él sabía cómo tratar a las hembras de aquella especie—. Y ahora, ¿quiere decirme si está su amigo el doctor?

—¡Sí, sí, desde luego, Mark! —le hablaba ella con una familiaridad que a Samantha la hubiese hecho sonrojar—. Está en el laboratorio. ¿Desea verlo?

—Sí. Quisiera charlar unos instantes con él.

—Bien. ¡Pues... pasad!

Los acompañó hasta una especie de sala de estar.

—¿Sabía usted que su prima tratase con tanta familiaridad al doctor Langelan?

—No, por supuesto que no —respondió Samantha.

Entonces apareció la desembarazada Marcia, diciendo con su habitual facilidad:

—Mark, Roger te espera en su despacho. Te acompaño y luego me quedaré aquí con Samantha mientras vosotros habláis. ¿Me sigues?

—O. K., Marcia.

Fue tras ella.

Por una serie de lóbregos corredores, que constaban con el aspecto exterior de la finca, llegaron a la dependencia que al médico le servía de despacho.

Por contraste, moderna y magníficamente amueblada.

—Os dejo solos —dijo ella, abriendo la puerta y haciéndose a un lado.

Lo que se dice un despacho para asombrar a principiantes.

Nunca a un tipo como Mark Barton que ya estaba lo suficiente baqueteado.

La figura de Langelan también era impresionante.

Y resultaba impropio de su presencia vivir en un lugar como aquél aunque tuviese un despacho despampanante.

Recibió al detective de pie tras la mesa.

Le tendió la diestra.

—Encantado, señor Barton.

—Es un placer, doctor Langelan.

—¿Quiere sentarse? —señalaba una confortable butaquita de meraklon.

—¿Cómo no? —El detective se dejó caer en el fondo.

Un silencio, mientras como de costumbre se estudiaban mutuamente, fue roto por la voz grave y circunspecta del doctor.

—Bien. ¿En qué puedo ayudarle?

Mark, de súbito, sin prolegómenos de ninguna especie, soltó:

—¿Usted cree honradamente que una persona puede llegar a estrangularse con sus propias manos?

El médico echó el torso atrás, lo mismo que si acabaran de propinarle un golpe.

—Me temo... —articuló lentamente—, que no he comprendido el significado de su pregunta.

—Pues está bien clara, doctor. Le pregunto si usted cree que una persona pueda llegar a estrangularse con sus propias manos.

—Bueno... es difícil de asegurar, pero cabe la posibilidad.

—Si tan posible fuera, no habría suicidios por ahorcamiento. El que quisiera matarse se apretaría el gaznate... y listos, ¿no? Sin embargo, en el caso de Linda Joyce, no experimentó usted demasiadas dudas, doctor.

Sonrió el médico.

—¡Ah...!, la pregunta viene de ese lado, ¿eh?

—Exactamente.

—En el caso de Linda Joyce no podían haber dudas, señor Barton.

—¿Por qué?

—Porque habían cuatro testigos presenciales que atestiguaron que ella se encontraba a la cabecera de un muerto. ¿Acepta como más verosímil que la estrangulara el cadáver?

—Ni una cosa ni otra son verosímiles. Y yo creo... por decirlo de una forma no ofensiva, que obró usted con precipitación al extender el acta de defunción.

—¡Ah...! ¿Sí? ¿Qué hubiera hecho usted en mi caso?

—Exponerle la papeleta a la policía.

—¿Quiere que me tomen por loco?

—¡Vaya, doctor! Así que usted prefiere las soluciones acomodaticias, las que complacen al gran público, aunque ello signifique hacerse cómplice en un asesinato.

—¡Eso es absurdo!

—¿El qué, doctor?

—Lo del crimen. No olvide la existencia de cuatro testigos presenciales.

Mark hizo un gesto con los hombros.

—Aceptemos entonces —dijo con cierta ironía—, que nos hallamos ante un muerto precoz. Un muerto que la sabía muy larga... tanto, que mató a su mujer para evitar que ella disfrutara la herencia y luego se volvió a morir.

—¡Pero...! ¿Está usted hablando en serio? ¿Quiere que dude de su equilibrio mental?

—Haga lo que quiera, doctor; piense lo que le parezca. Pero no olvide que yo voy a hacer que se investigue... o mejor dicho, voy a investigar sobre esa extrañísima muerte que usted certificó.

—No olvide que el médico forense ratificó y firmó el acta por mi extendida.

—¡Así será él! Pero a lo mejor cambia de opinión cuando yo le haga una visita. Para terminar, doctor: ¿puede o no dar otra explicación a la muerte de Linda Joyce?

—Lógica y rotundamente... NO.

—Correcto. Adiós, doctor. Es posible que volvamos a vernos.

Salió del despacho haciendo como que no veía la diestra que el médico iba a tenderle.

Asomó a la estancia donde Marcia y Samantha hablaban en voz baja.

—¿Nos vamos, Sam?

—Sí...

—¡Eh, pimplito! ¿No te despides de mí?

Mark le sonrió a Marcia muy intencionadamente.

—¿De veras que tu doctor no se pondrá celoso?

—¡Bah!

Minutos después abandonaban la casona de aspecto trágico y lúgubre.

Ya en el apartamento de la estupenda Samantha, dijo el detective:

—Sam... ¿sabe de algún hotel donde pueda alojarme?

Sus mejillas se colorearon cuando respondió.

—Esto... puede quedarse aquí si quiere. Hay habitaciones aisladas.

—No... —Él le sonrió agradecido. Y añadió, tuteándola por

primera vez—: Sé que estás orgullosa de tu honorable y limpia reputación, Samantha. No quiero ser yo quien la enturbie, dando pábulo a erróneas interpretaciones. Te lo agradezco, de veras... Pero prefiero hospedarme en cualquier hotel. ¿Conoces alguno que merezca la pena?

—Sí... —Ella, aunque lo dudó primero, acabó correspondiendo al tuteo—, en esta calle mismo tienes el «Joliet Palace», que según tengo entendido es un excelente hotel de primera.

—Perfecto. No hablemos más sobre ese asunto.

—Sí... hay otro más importante que tratar, ¿verdad? ¿Has conseguido sacar algo en limpio de tu entrevista con el doctor?

—Nada. Me da la impresión... obtenida, desde luego, después de entrevistarme con Manning y Langelan, de que todo el mundo en este caso busca la posición cómoda y poco comprometida para situarse. Hay «algo» a lo que se le huye abiertamente.

—¿«Algo»? —interrogó ella con las cejas enarcadas.

—Sí... a la verdad. Creo que tendré que «atornillar» a estos personajes empleando unos métodos mucho más convincentes.

—¿La violencia?

Él trató de sonreír.

—A veces es necesaria, Samantha. Mi profesión resulta en ocasiones arduamente complicada. Te tropiezas con gente que por miedo o lo que sea se empeñan en guardar silencio. Unas veces se consigue desatar a las lenguas reacias con dinero, otras, no hay más remedio que apelar a la violencia.

Ella, tras una ligera y suave vacilación, dijo:

—Ten cuidado, Mark. Sentiría que por haberte inmiscuido yo en todo esto te pasara algo.

El detective estaba en pie.

Ella también.

El uno frente al otro.

Y la explosión por ambos presentida se desencadenó con la velocidad y furia de un vendaval.

Mark experimentó la inminente necesidad de lo que hizo.

Atraerla con fuerza contra su tórax, y luego buscar los labios de ella para besarlos.

Si en los primeros segundos dio la sensación que Samantha iba a oponer resistencia, luego fue todo lo contrario.

—Perdóname, Sam... No sé lo que he hecho. Perdóname.

—No —susurró ella tenuemente—. Tenía que suceder. Creo... —
Se puso al rojo vivo—, que en silencio te he pedido yo misma que lo
hicieras.

¡Ah...! ¿Sí?

Hubo repetición por todo lo alto.

CAPÍTULO VI

Atardecía cuando Mark Barton decidió firmar en el registro del «Joliet Palace».

—¿Permanecerá muchos días aquí, señor Barton? —preguntó el encargado de recepción.

—Lo ignoro, amigo. El que tarde en descubrir de qué medios se vale un muerto para asesinar.

El otro desorbitó los ojos.

—¿Cómo? ¿Un muerto?

—Sí, que la sabe muy larga.

—Usted bromea sin duda, ¿verdad, señor Barton?

El detective le miró de una forma extraña.

—Desde luego, amigo. ¿Me cree capaz de decir eso en serio?

—¡Oh, no...! ¡Por supuesto que no, señor Barton!

¡Pero qué equivocado estaba!

—¿Cuál es mi habitación?

—La 47, en la segunda planta. ¿Quiere firmar aquí, por favor?

Le dio la vuelta al libro registro indicándole con el dedo la línea donde debía estampar su firma.

Cuando hubo firmado, el de recepción hizo sonar una campanilla.

Y se presentó un uniformado botones.

—Acompaña al señor Barton a la habitación 47 —le entregó la llave.

Usaron uno de los dos ascensores que había en un ángulo del suntuoso y bien decorado vestíbulo.

Segunda planta.

Habitación 47.

O. K.

—Toma, muchacho... —Le metió un billete en el hueco de la diestra.

—¡Sopla! —exclamó el rapazuelo, sorprendido sin duda por la excesiva generosidad del cliente—. ¡Muchísimas gracias, míster!

Barton se perdió por el interior de la puerta señalada con el número 47.

Eran un par de matones baratos.

Habían estado en Nueva York, Detroit, Chicago, etc.

Pero demasiado vistos.

A las primeras de cambio, cuando se movía el menor jaleo, la «bofia» los «trincaba» y ya les estaban dando palos hasta en el cielo de la boca.

Últimamente los pillaron involucrados en un asunto de tráfico de estupefacientes.

Como consecuencia, Edmond Lawor y Frankie Birkin, se tiraron un par de años en la penitenciaría grande de Joliet.

Al salir se habían quedado allí.

Buscaron trabajo, de peones, en una fábrica de maquinaria.

Pero lo de trabajar fijo no les agradaba.

No obstante decidieron quedarse en Joliet, donde, a pesar de la poca población, pasaban desapercibidos y la «poli» no los conocía. ¡Vaya, la «poli» de Joliet, que no se preocupaba de nada!

Habían elegido bien el sitio.

Se colgaron, metafóricamente se entiende, bien, el cartelón de matones baratos.

Pero no caían «clientes».

En un lugar tan pequeño, era lógico que no hubiese «trabajo» para ellos.

De todas formas, se resistían a abandonar Joliet.

Valía más pasarlas un poco moradas, buscarse la vida como fuera... ¡qué no estar pendientes de si la policía los iba a «trincar» aquella noche o a la otra!

Se lamentaban de la falta de trabajo, desde luego.

Edmond y Frankie siempre paraban en el *snack* de Michael Blount, que era precisamente el lugar donde se reunían las cuatro mujercuelas de Joliet y donde se respiraba el pobre ambiente golfo de la ciudad.

El par de matones se defendían las habichuelas jugando al póquer o a los dados.

Hasta aquel atardecer en que...

Edmond Lawor y Frankie Birkin estaban sentados a una mesa compartiendo mano a mano una botella de *whisky*.

Alguien vino a sentarse frente a ellos.

—Buenas tardes, muchachos.

—¡Hola, amigo! —saludó el imponente Edmond—. ¿Qué te se ofrece?

—¿Qué tal se os darían quinientos dólares en el bolsillo? —inquirió a su vez el recién llegado.

—¡Vaya! ¿Has oído, Frankie? Parece que éste habla nuestro «idioma».

—¿Y qué hay que hacer por quinientos? —preguntó el aludido Frankie Birkin.

—Un trabajo que para vosotros, creo es de sobras conocido.

—Las cartas boca arriba, amigo —soltó Lawor por un extremo de la boca—. ¿De qué se trata?

—Asunto sencillo, muchachos. Ir a buscar a un pesquisa algo pesado y darle unos cuantos mamporros, aconsejándole que abandone Joliet... ciudad que puede ser perjudicial para su salud. ¿Entendidos?

—O. K. —respondió Frankie—. ¿Quién es el tipo?

—Mark Barton.

—¡Ea...! —exclamó Edmond Lawor—. Ése es un pesquisa conocido en Chicago, ¿eh? La cosa cambia. Mil o nada.

El que les ofrecía el «contrato» accedió:

—Mil.

—De acuerdo —cabeceó Lawor—. Sólo asustarle, ¿eh?

—Sólo eso.

—¿Dónde se le puede localizar? —inquirió Frankie Birkin.

—He visto su coche estacionado en la zona de *parking* que hay frente al «Joliet Palace». Es de suponer que se aloja allí.

—O. K. La «pasta» —pidió Edmond.

—Seguiremos un viejo procedimiento —propuso el otro. Y sacando un billete de mil lo partió por la mitad, diciendo—: Un pedazo ahora y el otro al terminar la tarea, ¿de acuerdo?

—Bueno, si así lo quiere...

«Joliet Palace».

Recepción.

—Esto... ¿qué habitación ocupa el señor Barton?

—La 47. Pero... ¡Un momento! Denme sus nombres y les anunciaré.

—¡Oh, no!... Eso sería estropearlo todo. Somos viejos amigos de Mark, nos hemos enterado de que está aquí y queremos darle una sorpresa.

—Bueno, si es así...

—¿Ha dicho la 47?

—Sí. Segunda planta.

—Gracias, amigo.

Ascensor.

Segunda planta.

Puerta 47.

La manaza de Edmond Lawor se posó sobre el zumbador.

—¿Quién es? —preguntaron desde dentro.

Frankie Birkin, colocándose los dedos pulgar e índice de la diestra al extremo de las fosas nasales, oprimiéndolas, contestó:

—La camarera. Vengo a preparar los servicios...

—Bien.

Mark Barton abrió confiadamente.

Edmond, sin pensárselo demasiado, le pegó un punterazo en el bajo vientre.

¡Diana! Lo alcanzó de lleno.

—¡Aaaaag! —se retorció sobre sí estallando en un juramento doloroso.

Frankie, cuando se inclinaba, saltando adentro de la habitación le pegó un rodillazo en pleno rostro.

Mark, trastabillando, retrocedió hasta chocar contra la cama.

Quiso rehacerse.

Pero Frankie lo «cazó» por detrás aplicándole una vieja presa inmovilizante.

Edmond blandió su descomunal puño.

—¡Eres mío, chiquito!

Se lo estrelló en mitad de la cara.

Le manó sangre por la nariz y comisura de los labios.

Lawor le metió entonces la zurda en el estómago.

—¡Toma!

Y terminó con un nuevo directo de derecha sobre la cara.

El detective se dobló, inconsciente.

—¡A la ducha con él, Frankie!

Pasaron al cuarto y vestido y todo lo colocaron debajo de la rejilla.

Edmond le dio vueltas al grifo soltando todo el chorro de agua.

Barton, medio atontado, se recuperó algo.

Frankie le metió el pie en la boca del estómago.

—El clima de, Joliet no es sano para ti, pesquiza —le advertía entretanto Edmond.

Frankie le sacudió otro puñetazo.

—Debes marcharte antes de que amanezca, ¿entendidos?

Frankie dijo:

—Pónmelo de pie.

Eso hizo Edmond Lawor.

Y su compañero le sacudió un trallazo demoledor en mitad de las fauces, dejando al detective inconsciente en el mismo recinto de la ducha.

Soltaron el agua como una broma de despedida.

—¡Andando, Frankie!

Salieron a escape de la habitación número 47.

Fue el frío chorro de agua el que hizo que se reanimara antes de lo que normalmente hubiese reaccionado.

Se arrastró hacia un rincón en busca de la toalla.

A tientas, medio ciego por la sangre que se le había encharcado sobre el rostro, se fregoteó la cara con ella.

Luego, a base de trompicones, se desnudó, tomando una auténtica y reconfortante ducha.

Envuelto en una gran toalla de baño puso las prendas de su indumentaria a secar.

Hasta la mañana por lo menos no estarían secas.

Y él, por tanto, inmovilizado en el hotel.

A pesar de la golpiza recibida del par de matones, Mark sonrió.

¡Ya tendría oportunidad de cobrársela, ya!

Pero el motivo de su sonrisa era otro: el hecho de que el enviar aquel par de simios demostraba que a alguien le fastidiaban sus investigaciones.

Era cuestión de averiguar a quién y tendría una pista a seguir.

Luego de curarse como pudo las heridas del rostro, decidió meterse dentro de la cama.

Minutos más tarde roncaba a pierna suelta. La paliza había obrado mejores efectos que una dosis elevada de barbitúricos.

CAPÍTULO VII

Dio la casualidad que aquella noche la «palmó» en Joliet otro individuo que no tenía demasiada parentela.

Sólo un primo lejano.

El primo dijo que pagaba los gastos pero que no quería el «fiambre» en casa.

Total que lo llevaron a la funeraria de Priest; que es como la seguían llamando en Joliet.

A Marcia y Reginald no les hizo demasiada gracia cargar, lo que se dice literalmente: CARGAR, con el muerto aquella noche.

¡Pero había que seguir en el negocio!

En resumen, que instalaron el féretro en la sala dedicada al velatorio.

Reginald Priest, aquel pelirrojo de cabellos crespos, alto y desgachado, le dijo a su descocada y familiar prima:

—¿Sabes qué...?

—No.

—Nada de velarlo.

La despampanante Marcia arqueó las cejas.

—¿Entonces?

—Lo dejamos ahí en el cuarto y hasta mañana.

—¿Y si se le ocurre venir a algún vecino?

—Pues en tal caso me levantaré y lo acompañaré a que vea el «fiambre». ¿No te parece?

—Sí. Creo que tienes mucha razón.

Así quedaron.

Eran las cuatro de la madrugada.

Hora en que uno que había sido íntimo amigo del muerto, juzgó la más apropiada para ir a hacerle su última visita.

El pelirrojo Reginald hubo de levantarse y acompañarlo a la sala

del velatorio.

El otro se quedó mirando a su amigo. Bueno, a lo que empezaba a quedar de su amigo.

Luego habló al propietario de la funeraria.

—¡Ay...! se lamentó. —Ya lo ve. No somos nada, ¿eh?

¡Toma! ¡Que se lo dijeran a Reginald! Un día atrás se había encontrado a su primo James estrangulado en la habitación de arriba.

—Nada, desde luego —cabeceó.

El tipo se estuvo un rato, ante la impaciencia de Reginald y el sueño que tenía, dando vueltas y más vueltas alrededor del féretro, mirándose el cadáver desde cien ángulos distintos lo mismo que si fuera a tomarle una foto.

Por último, como despedida, muy poco original, desde luego, repitió:

—No somos nada.

Reginald, luego de acompañarlo hasta la puerta, regresó al cuarto del velatorio para apagar los cirios que había tenido que prender precipitadamente.

¡Y se encontró conque el muerto estaba en tierra, en el suelo, fuera del ataúd!

Instintivamente se inclino hacia el interior del féretro.

Y de aquél, como garfios, salieron disparadas dos manos de dedos enhiestos y helados, aferrándose al cuello del pelirrojo.

Pudo verle el rostro.

¡Se trataba de su tío Wernon Priest!

Mientras trataba de debatirse, comprendió el porqué de la muerte de James.

No consiguió zafarse a la presa estrangulante.

Los dedos siguieron apretando y apretando.

Hasta que soltaron definitivamente al pelirrojo.

Y éste cayó hacia atrás, muerto.

De espaldas en tierra.

El resucitado saltó entonces del ataúd, puso al muerto que correspondía, apagó las velas y salió sigilosamente de la estancia.

A la mañana siguiente, Marcia, extrañada de que su primo no acudiese a consumir el desayuno, subió a su habitación.

Pudo comprobar que no estaba.

Pensó que quizá estaba ultimando los detalles para el sepelio que se efectuaría por la tarde.

Convencida de eso, acudió al cuarto de los velatorios.

Nada más entrar, tropezó con el cadáver de su primo Reginald, tendido en oblicuo entre el ataúd que se hallaba sobre el catafalco y la puerta.

—¡Dios Santo!

Luego se llevó las manos a la garganta y gritó desgarradoramente:

—¡SOCORROOOOOO!

Cayó al suelo, desmayada, casi apelotonándose encima del cadáver del pelirrojo.

CAPÍTULO VIII

Samantha, alarmada, una vez se hubo presentado a declarar, puesto que había sido llamada a Jefatura, se plantó en el Joliet Palace.

Fue directa a recepción.

—El señor Barton se hospeda aquí, ¿verdad?

—Sí. En la habitación 47.

—¿Quiere avisarle que la señorita Samantha Priest le aguarda?

—En seguida, señorita.

El de recepción le dio el encargo a la telefonista y ésta llamó a la habitación de Barton.

El detective hubo de ponerse unas ropas todavía ligeramente húmedas para bajar al vestíbulo.

Por el aspecto desencajado de la de los cabellos cobrizos, comprendió que se trataba de algo grave.

La tomó suavemente por los hombros.

—Samantha... ¿qué ocurre?

—¡Mi primo Reginald! —estalló ella—. ¡Estrangulado! ¡Igual que James!

Y abatida, se dejó caer en una de las butacas que flanqueaban el vestíbulo.

Mark hizo lo propio junto a ella.

—Cuando te tranquilices —le dijo—, ¿querrás contármelo detalladamente?

—Sí... —Cabeceó con timidez.

Pasaron unos minutos de silencio.

—¿Ahora? —inquirió él, dejando pasar aquel lapso prudencial de tiempo para que ella pudiese serenarse.

—Creo que podré...

Y narró lo que había sabido a través de Marcia y de la policía.

—Harold Alter —habló el detective—, ¿no ha insinuado si tiene

alguna pista?

—No... Pero ha dicho que tanto en el crimen de James como en el de Reginald se da una terrible y paradójica circunstancia.

—Te acompañaré a casa... de donde me prometerás no moverte hasta que yo vaya, y luego pasaré a hablar con el jefe. ¿De acuerdo?

—Como tú digas, Mark.

Salieron del hotel.

Él sacó su auto del *parking* deteniéndolo cerca de Samantha para que la muchacha subiese.

La dejó frente a la puerta misma de su casa y luego puso rumbo a Jefatura.

Harold Alter se hallaba más atareado que el día anterior.

No obstante lo recibió con una sonrisa.

—¡Eh, pesquisa! ¿Está enterado de la nueva noticia?

—O. K. —respondió Mark sentándose frente a la mesa. Y agregó —: Y también tengo entendido que usted se guarda un «as» bajo la manga. ¿No quedamos en poner las cartas boca arriba?

Volvió a sonreír el gordito y adiposo jefe de policía.

—¿No prometió que me traería al asesino de James Priest metido en un saco? ¡Pues dese prisa, porque acaba de cometer otro crimen!

—¡Ah...! ¡Conque ése era el «as»! ¿Ha podido asociar los dos crímenes?

—Sí. De la forma más paradójicamente absurda. El estrangulador dejó huellas digitales impresas en las camisas de James y Reginald. He visto los ficheros. Y agárrese... ¡porque corresponden a las de Wernon Priest!

—No me sorprende demasiado, jefe. Pero... ¿estaba Wernon fichado?

—¡Bah! Una tontería de juventud. Trató de propasarse con una muchacha. Lo trajeron aquí, y por eso se quedó su ficha.

—Entiendo. ¿Y usted cree que un muerto puede estrangular?

—¡Oh...! ¡He visto tantas cosas raras!

—Por raras que sean esto de ahora supera cualquier medida. Yo... quisiera hacerle una sugerencia, jefe.

—¿Cuál?

—Que de acuerdo con el forense ordene la exhumación del cadáver de Wernon Priest.

—¡Pero...! Si creo que no puede hacerse hasta los dos años.

El detective rechazó con un ademán.

—¡Ca! Bobadas. Usted presione debidamente al forense.

—¿De veras supone que eso nos ayudará en algo?

—En mucho. Palabra.

—Bien. Seguiré su consejo.

—O. K. Avíseme. Habitación 47 del Joliet Palace. Quiero estar presente cuando se efectúe la exhumación.

—Procuraré que sea lo antes posible.

—De acuerdo, jefe. Y ahora... ¿quiere dejarme ver el fichero de los habituales? Busco a dos matones que me visitaron ayer...

Rebulló el gordito jefe de policía, y con una nueva sonrisa de las que aquella mañana prodigaba con mucha espontaneidad, soltó:

—¿Dos ha dicho? ¡No hace falta el fichero! Los dos únicos que tengo en Joliet se llaman Edmond Lawor y Frankie Birkin. Hasta hoy, no se han metido en ningún lío. Se quedaron aquí cuando los «licenciaron» en la «casa grande».

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—En el único lugar donde hay ambiente para ellos. En el *snack* de Michael Blount.

—¿Dirección?

—102 de Washington Street. Es una de las que cruza la calle mayor.

El detective se puso en pie.

—Gracias, jefe. ¡Recuerde avisarme para lo de la exhumación!, ¿eh?

—De acuerdo. ¡Ah...!, y no arme demasiado alboroto en el *snack* de Blount.

—Lo procuraré.

Salíó inmediatamente de la Jefatura de policía de Joliet.

CAPÍTULO IX

Número 102.

De Washington Street.

El *snack* de Michael Blount.

O. K.

Ambiente de matonería.

Más O. K.

Una mestiza, en la puerta, hacía extrañas proposiciones que sólo podían efectuarse de dos en dos.

Mostraba algo.

Mark la apartó poco menos que de un manotazo.

Penetró en el local.

Luces tamizadas, música

ye-yé,

lo de siempre...

En la barra un melenudo.

—¿Qué te sirvo, muchacho?

—No seas tan servicial, chico.

—¿Entonces?

—Busco a Edmond y Frankie.

—Sólo está Frankie... en aquella mesa con la mulata.

En efecto. Mark reconoció, siguiendo la dirección en que el otro extendía el índice, a uno de los tipos que le habían «calentado» el día anterior.

—Gracias.

Zigzagueó por entre las mesas.

Se detuvo entre las mismas.

Se paró ante la que Frankie compartía con la mujer.

—Lárgate, mulata —ordenó Mark por un extremo de la boca.

—¡Eh...! —Frankie fue a ponerse en su sitio.

Pero el detective no le dejó.

Porque empezando a «cobrarse» los gastos de la noche anterior le sacudió un rechazazo en mitad del rostro que lo empotró en la mesa adyacente.

La chica se puso en pie de un salto.

—¡«Po» sí que me «macho», «señó»!

Cuando Frankie recobró la vertical recibió un trallazo en la boca del estómago que, como por arte de birlibirloque, lo «clavó» materialmente en la silla.

Luego un «gancho» de zurda al mentón que lo puso en los aires... volando, se entiende.

Barton terminó con un rechazazo en mitad del hígado volviéndolo a sentar.

—¿Qué... —jadeó—, estás ya más calmado, chico?

Frankie Birkin no podía ni respirar.

¡Había que ver cómo «sacudía» el pesquisa!

—Lo... lo de ayer...

—¡Sí, sí... —le atajó—, por lo de ayer vengo! Precisamente por lo de ayer. ¿Quién os pagó a ti y a tu colega?

Se frotó las partes del rostro tan duramente castigadas.

—No sé... no había visto nunca al tipo.

Mark, sin pensárselo, le estrelló un zurdazo en mitad de las narices haciéndoselas sangrar.

—No seas malo y haz memoria. Verás cómo pensando, pensando, ¡zas!, te acuerdas.

—¡Te juro que...! —barbotó, limpiándose la sangre.

Ahora, con la derecha, en pleno plexo solar.

—¡Aaaag! —gimoteó.

—¿Quién soltó la «pasta», amigo Frankie?

—Bueno... no es muy honrado...

—¡Ah! ¿Y sí es honrado sorprender a un fulano para entre dos partirle la «jeta», eh? ¡Anda, suéltalo ya!

—No nos dijo su nombre, pero supimos que se trataba de un médico llamado... Langelan. Lleva poco tiempo aquí en Joliet.

—¡Vaya! Conque mi querido amigo el doctor Roger Langelan, ¿eh?

—No... no le digan que yo he «cantado».

—Él... NO DIRÁ NADA —habló una voz a espaldas de Mark, al tiempo que una manaza se apoyaba férreamente en su hombro.

Supo que se trataba del otro gorila.

Sin apenas moverse, le metió el codo izquierdo, de lleno, en el bajo vientre.

—¡Ug... uuuy! —se contorsionó Edmond Lawor.

Mark Barton se puso en pie de un brinco.

Como lo pilló agachándose, le estrelló la rodilla derecha en el centro de la cara.

Todavía retrocedió con más velocidad hasta que una mesa lo detuvo.

El melenudo de la barra, gritó:

—¡Ea! ¡Basta! ¡Ya está bien...!, ¿no?

El detective pasó cerca de Lawor sacudiéndole un punterazo en el hígado.

—¡Ooooh! —se retorció.

Cuando rumbo a la calle pasó frente a la barra, dijo el detective:

—No temas, hombre. Te dejo el local casi intacto.

CAPÍTULO X

A bordo de su flamante «Aston Martin-DBS» metalizado en color ámbar, el detective se plantó nuevamente frente aquella casa lóbrega que había visitado el día anterior en compañía de Samantha.

Esta vez no acudió la despampanante Marcia a abrirle, sino que lo hizo una sirvienta mugrienta y vieja.

—¿Está el doctor Langelan?

Ella, huraña, huidiza la mirada, encorvadas las espaldas, lo recorrió de arriba abajo.

—¡Sí! —exclamó con la boca torcida—. Pero sólo recibe por las tardes...

—A mí me va a recibir ahora mismo.

—¡Eh...!

—¡Apártese, abuela! —Y con estas palabras, la hizo a un lado de un suave empujón.

Supo orientarse rápidamente en el interior.

Pero Langelan no estaba en su despacho.

¿Se encontraría en el sótano, donde tenía instalado su laboratorio experimental, motivo por el cual, había dicho Samantha que tenía aquella casona en un paraje tan tétrico?

Corrió varios pasillos.

Finalmente encontró una puertecilla, y tras ella, una escalera metálica, de caracol, que descendía hacia los sótanos.

Se oyó el repiqueteo de los tacones, cuyo eco agrandó la vasta nave que servía de laboratorio.

Había mesas de mármol. Bancos. Alacenas. Probetas. Un verdadero arsenal médico.

—¡Eh...! ¿Quién anda por ahí?

—Soy yo, doctor Langelan. El detective Barton.

—¿Otra vez? ¿Es que se propone no dejarme ni trabajar?

El pesquisa avanzó hacia el médico, que aparecía envuelto en una bata blanca, sorteando cuántos obstáculos les separaban.

Se plantó a una yarda.

—Me he propuesto partirle todos los huesos del cuerpo si no me dice inmediatamente por qué contrató a ese par de matones de feria para que me echase de Joliet.

El otro hizo un gesto de sorpresa. Fingida o no, le salió bastante bien.

—¿Yo...? ¡Pero...! ¿Qué diablos está diciendo?

Mark, perniabierto, puso los brazos en jarras.

—Le advierto que tengo poca paciencia, doctor. Y esa poca, cuando la pierdo, es causa de hechos bastantes graves. ¿Por qué los contrató?

El médico, cuadrándose también, aseveró:

—¡Yo no sé de qué me habla!

Mark hizo un amago.

El médico «picó», queriendo cubrirse el rostro.

Y se llevó un trallazo de zurda en pleno abdomen.

—¡Aaaag!

Se retorció.

Mark, implacable, le persiguió, para astillarle la nariz de un fabuloso «hachazo» de derecha.

Salió trompicado para estrellarse contra una mesa, cuyo contenido, probetas y tubos de ensayo con sangre y jugos, se fue al suelo con el consiguiente estrépito.

Mark lo levantó por el cuello de la bata blanca sacudiéndole un par de sonoras bofetadas con la izquierda.

—¿Qué...? ¿Sigue negando que los envió usted?

Se limpió el hilillo de sangre que le manaba por la comisura de los labios.

—No... —articuló.

Mark, antes de sacudirle de nuevo, quiso asegurarse:

—No... ¿Qué?

—Que no lo niego.

—Correcto.

Un silencio. El detective dejó que el médico recompusiera su aspecto.

Luego, le preguntó:

—¿Por qué lo hizo?

—Bueno... Mi intención era que lo asustaran para que usted se marchase de Joliet y abandonara las investigaciones.

—Eso significa que usted es de los que se ha revolcado en el lodo, ¿eh? ¿Por qué deseaba que yo no investigara?

Dudó unos instantes. Pero seguidamente:

—Me pareció usted un tipo activo y bastante más inteligente que la policía de acá. Comprendí que pronto sabría demasiadas cosas...

—¿Qué significa «demasiadas cosas»?

—Bueno... Creo que ahora tendré que contarle la verdad de todas formas. Ya poco importa lo que suceda. ¿Deja que me siente...? —señaló un taburete cercano. Apresurándose a agregar—: Le garantizo que no es ninguna treta. Ya he tenido ocasión de comprobar que usted pega duro.

—O. K. Siéntese —Mark hizo lo propio tomando otro taburete vecino. Después—: Le escucho.

El médico se acarició la barbilla.

—Yo, vine a Joliet, con la intención de terminar unos estudios anatómicos que estoy efectuando con respecto al organismo humano. Pero para ello, necesitaba... aunque a usted le parezca absurdo, muertos recientes. Contraté a un par de individuos poco escrupulosos para que se encargasen de desenterrar, a la noche siguiente, cuántos cadáveres se enterrasen en Joliet durante el día. Todo pareció que iba a ir bien, pero alguien se enteró demasiado pronto de mi secreto.

—¿James, Reginald y Marcia Priest? —apuntó el detective, dando a entender que sabía por dónde navegaba.

—Sí... Ellos tres y Linda Joyce se habían puesto de acuerdo para «liquidar» al viejo propietario de la funeraria Wernon Priest. Mí «papel» en el asunto se limitaba a recetarle unos barbitúricos fuertes, luego de convencer al paciente de lo que él tenía era falta de sueño, barbitúricos que ellos, su esposa mejor dicho, se encargaría de aumentar la dosis. Eso fue lo que me pidieron que hiciera para callar el secreto que acerca de mi sabían.

—¿Lo hizo?

—¿Qué remedio? —Pareció preguntarse a sí mismo—. De no acceder, si ellos hablaban, peligraba mi carrera de médico para toda la vida.

—Ahora se la está jugando...

—Bien que lo sé. Pero las cosas no pueden ocultarse de por vida. Usted me ha obligado prácticamente a confesar la verdad sobre los hechos.

—Correcto. Siga. ¿Qué ocurrió después?

—La extraña muerte de Linda Joyce. También ellos me obligaron a certificar la defunción como lo hice...

—¡Ah...! ¿Quedamos entonces en que realmente no admite que ella se estrangulara?

—No. Por supuesto que no. Pero tuve que hacerlo. Además, el forense de acá es un cretino que firma sin preocuparse de comprobarlo, de forma que yo sabía que no habrían pegas a este respecto. Luego... —Se frotó el mentón que Mark le había castigado duramente—, también ocurrió algo verdaderamente espantoso.

—¿Qué...?

—Los dos individuos que robaban cadáveres para mis experimentos, aseguraron que al abrir el ataúd de Wernon Priest... éste se había incorporado echando a caminar. Tanto Andy Holsbo como Dan Forseth, asustados, dijeron que no violarían jamás ninguna tumba y que, por otra parte, se largaban de Joliet para siempre.

—¿Usted cree que puede creerse en las palabras de esos hombres?

—Mire... Barton, un tipo que se dedica a levantar tumbas cada noche es porque le tiene muy poco miedo a los muertos, ¿verdad?

—Sí. Cierto.

—¿Qué diría usted si dos tipos de esa ralea le aseguraran que un muerto se había levantado?

El detective permaneció pensativo unos segundos.

—Dos cosas. O que su confianza les había jugado una mala pasada... O que estaban en lo cierto.

—Exactamente lo mismo pensé yo —dijo el médico.

—Mire, Langelan —habló el detective—, no le censuro que usted se proveyera de cadáveres para sus experimentos ni que cediendo a una extorsión hiciera lo que hizo... ¡allá usted con su conciencia! Pero si me revienta que ayer tratara de hacerme ver lo blanco negro, y que encima, no contentándose con eso, me enviara por la noche a esa pareja de matones.

El otro llegó a esbozar una sonrisa.

—Barton... ¿no le parece lógico que tratara de aguantar mi postura a capa y espada?

—Desde su punto de vista, puede. Pero si dice que me juzgó inteligente, había de comprender que dos matones no harían otra cosa que aumentar mi curiosidad puesto que ellos eran una evidencia de que mis investigaciones molestaban a alguien. Mejor hubiera hecho, creo yo, empezando desde un principio por decir la verdad.

—Cuando el fango nos llega al cuello, Barton, desgraciadamente no se sabe nunca dónde está ese principio.

—Bien... Tengo otra pregunta que hacerle.

—¿Cuál?

—¿Qué clase de relaciones mantiene usted con Marcia?

—¿Hace falta...?

—Sí.

—De acuerdo. Ella es una mujer que promete y se entrega. Nos gustamos desde el primer día... y puede que alguna vez nos casemos. Ahora ya, lo dudo.

—Entiendo. Pero... ¿Seguro que no hay nada más?

El médico, extrañado, arqueó las cejas.

—¿Qué otra cosa quiere usted que haya?

—Usted lo sabrá, doctor. Por mi parte era una pregunta como otra cualquiera.

—Y... ¿qué piensa usted hacer conmigo? ¿Llevarme a la policía? Mark Barton sonrió.

—No, doctor. Está usted de verdadera suerte. Yo estoy interesado en un asesino, no en un hombre al que las circunstancias han involucrado en hechos poco agradables. Le daré cuarenta y ocho horas de tiempo para que desaparezca de Joliet. ¿Entendidos?

El médico se puso en pie.

—Créame que se lo agradeceré siempre.

—No me lo agradezca. Le ha salvado, se lo repito, el que no sea usted la persona que yo busco. Que tenga suerte, doctor.

Y con estas palabras dio por terminada la conversación saliendo del laboratorio.

CAPÍTULO XI

Mark Barton, decidido a hacer que todo aquel simbólico «polvorín» estallase de una definitiva vez, y cuanto antes, se trasladó a la Jefatura de policía de Joliet.

Plantándose frente al gordito jefe Harold Alter.

Le preguntó:

—¿Ha solicitado usted del forense que extendiera el acta para la exhumación del cadáver de Wernon Priest?

—O. K. Precisamente estoy esperando que llegue de un momento a otro con ella.

—Bien. Es para decirle que yo no estaré presente, en contra de lo que he dicho antes, porque ya sé ahora que van a encontrar el féretro vacío.

—¡Sopla! ¿De dónde saca tantas seguridades?

—En su momento se lo contaré, Alter.

—¡Pero...!

—Pero luego usted, jefe, confirma o desmiente mis hipotéticas suposiciones, ¿eh?

—¡Oiga, oiga! ¿Puede saberse qué jaleo se trae entre manos?

Barton soltó una risotada.

—¿No quedamos en que me daba carta blanca?

—Sí... Pero al menos explíquese, ¿no?

—La única aclaración que puedo darle es la de que voy a tratar cuanto antes de meter a nuestro asesino en el simbólico saco dentro del que prometí entregárselo.

—Correcto... —Se encogió de hombros.

—Luego me pasaré por aquí —dijo Barton antes de largarse—, para saber los resultados concretos de la exhumación. ¡Hasta más tarde, jefe!

Salió del despacho.

Ya a bordo del estupendo «Aston Martin-DBS», lo condujo hacia

el 236 de la Main Street.

Aparcó.

Dirigiéndose luego hacia el vestíbulo de proporciones rectangulares.

Subió al tercer rellano.

Puerta C.

Oprimió el pulsador.

Escuchando una vez más aquel vivo y rítmico taconeo de ella.

Puerta abierta y el bello rostro de Samantha en el umbral.

—¡Mark! ¡Te he esperado con impaciencia! Pasa, por favor.

Pasaron al *living*.

—¿Un *whisky*, Mark? —invitó ella.

—Acepto.

La vio moverse en dirección al mueble-bar, y por su elasticidad y su gracia armoniosa la comparó con aquellas elegantes gacelas del bosque que corrían suaves por entre los árboles como si en realidad flotaran.

Sirvió dos vasos tendiéndole uno a él.

—Gracias, Sam.

Bebieron en silencio.

—¿Has averiguado algo?

Pero el detective se mostró algo reservado.

—Creo que vamos hacia un final verdaderamente sorprendente. Pero no quiero anticipar acontecimientos que estén sujetos a errores. Tengo formada una larga y difícil hipótesis. Difícil... porque cualquier persona normal la consideraría más que hipótesis una utopía.

—Y... ¿cuándo podremos saber algo concreto?

—Esta tarde, esta noche, quizá mañana... No lo sé concretamente. Ahora, si estás dispuesta, quiero que me acompañes a visitar a tu prima Marcia. No sé la dirección de la funeraria.

—Bien. ¿Dejas que me cambie?

Se acercó a ella.

—¿Piensas ponerte más bonita todavía?

—Mark...

Se soltaron, jadeantes.

Ella, renuente, fue a cambiarse.

Hubo mucho silencio.

Quizá roto por algún suspiro de placer.

En la funeraria, es obvio, sólo quedaba Marcia.

No parecía en exceso afectada por el estrangulamiento de sus dos primos.

Quizá trataba de fingir serenidad.

—¡Hola, pareja! —exclamó al verlos—. ¿Qué os trae por aquí?

—Querría hablar contigo, Marcia —le dijo Mark con extraña sonrisa.

—De acuerdo, pasad. Esto no es muy acogedor, pero...

Les precedió a una salita que «olía» a funeraria.

Muebles viejos, recargados, estrafalarios... que ofrecían la inquietante impresión de ser extraños ataúdes.

Tomaron asiento en amplias butacas.

—Bien —dijo la despampanante y casquivana Marcia—, ¿de qué se trata?

—De tu tío Wernon.

—Está muerto.

—Ya. Eso dicen. Pero me han dicho también que lo ayudaron a morir con barbitúricos.

—¡Es absurdo!

—No te hagas la inocente, prenda. Tu amigo el doctor Langelan se ha visto en la penosa obligación de «cantar» de plano.

Se puso roja como la grana.

—¡Mientes!

—Acabo de concederle..., generoso que soy yo, cuarenta y ocho horas para que se largue de Joliet. Si tú le amas y eres una mujer inteligente, harás muy bien en sacar todo el dinero que tu tío tenía en el Banco y largarte con él y el doctor. Samantha es la única que podría exigirte cuentas y no va a hacerlo. ¿Verdad que no, Sam?

Aunque estaba desconcertada, la de los intensos ojos de color verde respondió:

—No. No voy a pedírtelas.

—¿Has oído?

—¡Pero...! ¿A qué viene todo eso?

—¿Sigues empeñada en hacerte la tonta? ¿Quieres que te acuse de complicidad en el asesinato...

A-SE-SI-NA-TO...

de Wernon Priest? ¿Prefieres acaso que el misterioso vengador te estrangule?

Se estremeció.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Me marcharé mañana con Roger. Ya... ya me ha dicho por teléfono que ha tenido que explicarte la verdad.

—Entonces, ¿qué pretendías aguantándote en un estúpido papel digno?

—No sé...

—Bien. Vayamos al grano, Marcia. El hecho de permitir que te largues sin verte involucrada en nada es a cambio de unos informes. ¿Entendido?

—Sí... ¿Qué informes?

—Quiero saber exactamente lo que planeasteis.

—La muerte de tío Wernon.

—¿Y la de Linda?

—¡No! ¡Eso no! Fue una trágica sorpresa que aún no hemos comprendido.

—¿Y qué hay del oportuno testamento de ella?

—¡Te juro que nosotros lo ignorábamos! Es más, ni conocíamos tan siquiera a ese notario que nos citó.

—Correcto, Marcia. Es cuanto deseaba saber. Que tengas suerte...

Se pusieron en pie.

Dentro ya del auto, Samantha le preguntó:

—¿Qué significa todo esto, Mark? No comprendo nada.

—Pues no te creas que yo entiendo mucho. Simplemente empiezo a ver claro.

—¿Cuándo terminará toda esta pesadilla, Mark?

—Pues, casi con certeza, me atrevería a decir que no pasará de mañana. ¿Te dejo en casa?

—Sí... ¿Volverás a verme?

—Haré lo imposible.

Se besaron.

Ella saltó a la acera frente al 236 de la Main Street.

Luego él, puso rumbo a la Jefatura.

Tuvo que esperarse cuestión de media hora a que llegase el jefe acompañado por el forense de Joliet, Hugh Howard.

Éste último decía:

—¡No lo comprendo! Crea que no lo comprendo, Harold.

Mark se hizo a un lado y esperó a que el forense se largara.

—¿Y qué? —le preguntó luego.

Harold Alter mostró la palma de sus vacías manos.

—¡Usted gana! El ataúd... ¡vacío! El muerto se ha evaporado.

—No, no lo crea. Es un muerto que se la sabe muy larga. Yo, todo el día de hoy, lo estoy dedicando a echármelo encima.

—No le entiendo...

—Le dije que se lo traería metido en un saco, ¿no?

—Al asesino, no al muerto.

—Son una misma persona. Pero a estas horas ya debe comprender que yo he roto su secreto y que soy en extremo peligroso. ¿Entiende? No iré por mi habitación en el Joliet Palace hasta las diez de la noche. ¿Ha comprendido?

—Creo que sí...

CAPÍTULO XII

Las diez de la noche en punto.

Habitación 47.

Mark introdujo el llavín en la cerradura y lo hizo girar despaciosamente.

Entró.

Cerró.

Y no le hizo falta encender la luz.

¡Porque brillaban las tenues llamitas de cuatro cirios situados dentro de cuatro candelabros en los ángulos de un ataúd puesto encima de la cama!

Mark, como si se tratase de una broma la mar de graciosa, sonrió, exclamando:

—¡Vaya...! Qué obsequio tan original.

—Si mira en su interior verá que todavía es mucho más original —repuso una voz a su espalda, al tiempo que algo cilíndrico, duro y frío, hurgaba entre sus costillas.

El cañón de la pistola con que lo apuntaban le empujó prácticamente hacia adelante.

Pudo ver lo que había dentro del ataúd.

¡El cadáver de Marcia Priest!

—No le he dado tiempo para que siguiera su consejo, señor Barton. Precisamente estaba yo escuchando a través de una rejilla oculta en una habitación adyacente...

—No me extraña, señor Wernon Priest. ¿O prefiere que le llame... señor falso notario William Manning?

—Llámeme mejor lo primero puesto que me he despojado de la máscara que me servía para poder pasear libremente por el pueblo en donde en teoría estaba enterrado.

—Ya... siempre he opinado, desde el principio del caso, que es usted un «muerto» que la sabe muy larga.

—Me he limitado a matar a los que supusieron haberme matado.

—Pero usted tenía ventaja, ¿no? Me imagino que fue Marcia la que «cantó», viniéndole con el cuento, para que usted le dejase toda la herencia a ella limpiándole el camino de los demás herederos. ¿Cómo iba a probarse que un muerto mataba? Señor Wernon Priest, ¿quiere que le demuestre que sé cómo sucedieron las cosas desde un principio?

—Hágalo. Será un experimento divertido. Pero no se mueva más de lo prudente porque le meteré dos balazos en las costillas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Un breve silencio.

Luego Mark Barton explicó:

—Su sobrino James era muy ambicioso e inteligente. Comprendió que su joven tía también estaba deseando que se muriera usted para darse la gran vida con la herencia. Por eso fue, en compañía de sus primos Reginald y Marcia, a proponerle la «muerte» de su repulsivo esposo. Ya me disculpará que opine tan lamentablemente de usted, pero en verdad, señor Priest, no sólo es usted repulsivo sino asqueroso. El plan era fácil. Cambiar de médico. El nuevo recetaría ciertas pastillas que tomadas en dosis excesivas... ¡Pero! ¿Qué médico se prestaría a eso? Muy sencillo, uno al que podían extorsionar porque sabían de él que experimentaba con muertos robados.

»Pero con lo que no contaron fue conque Marcia, astuta, fuese a contarle a su tío Wernon lo que habían planeado. ¿Es cierto, señor Priest?

—Muy cierto. Pero también lo hizo guiada por la avaricia maliciosa de ser mi única heredera. Siga, siga, va usted muy bien.

—Los preparativos, por su parte, fueron en extremo meticulosos, señor Priest. Se preparó la máscara y coartada de notario con la documentación de William Manning y luego, como Wernon Priest que era, se preparó debidamente un ataúd y en él fingió a las mil maravillas su papel de muerto; Marcia se encargó de que el doctor certificase la defunción sin tan siquiera auscultarlo, ¿verdad? Luego usted, durante el velatorio, cometió el primer asesinato en la persona de su esposa. No le importaba ser enterrado porque el féretro llevaba unos respiraderos, y porque además, usted

especulaba con la circunstancia de que quienes robaban cadáveres para el médico se encargarían de desenterrarle. ¿Voy bien?

—Maravillosamente —y con el adjetivo, el cañón de la pistola hurgó más fuerte contra el costillaje de Mark.

—Después, apareció como notario Manning, solucionándoles a sus propios asesinos, pretendidos asesinos, la papeleta que les había planteado la muerte de Linda... al mostrar un testamento que ella jamás había redactado. El resto es bien sencillo...

Mark, que con su explicación había querido dar tiempo a que interviniera Harold Alter con sus hombres, viendo que no lo hacía entendió que quizá el Jefe de policía no había comprendido sus palabras.

Decidió actuar por su cuenta puesto que era su pelleja la que allí, en aquellos instantes, se estaba ventilando.

Mientras hablaba, ágilmente, se revolvió. Pegándole un manotazo con la zurda al cañón del arma y propinándole un gancho en el mentón, con la diestra, al que lo había estado encañonando.

Cayó el arma.

El viejo salió proyectado hacia atrás hasta chocar contra la puerta.

Pero no pareció preocuparse por su pistola perdida. Ni por el golpe.

Con veloz movimiento metió la diestra en el interior de la chaqueta hurgando bajo la axila.

Y llegó a extraer la otra pistola que llevaba.

Pero no a usarla.

Porque Mark Barton se le adelantó sacando su 38 y desarmándolo de un certero balazo.

Entonces se abrió la puerta.

—¡Alto en nombre de la Ley!

—Ahí lo tiene, jefe.

—Lo siento, pesquisa. Mi reloj atrasa diariamente unos quince minutos.

Un agente se estaba encargando de esposar a aquel «muerto» que la sabía muy larga.

—Como me han decorado macabramente mi habitación, veré si mi futura esposa...

EPÍLOGO

Ella, cuando él hubo terminado, se estremeció.

—¡Oh... es horrible! ¿Ves cómo te dije que intuía algo monstruoso?

—Y yo te dije que aceptaba el caso porque tú eras muy bonita.

—¡Mientes! No fueron ésas tus palabras.

—Te dije lo mismo en otras, Samantha.

—¿Quieres que me ponga otra vez encarnada?

Mark miró fijamente a la bella mujer de cabellos cobrizos y ojos verdes, maravillosamente verdes.

—No...

—¿Por qué me miras así, Mark?

—Porque eres muy hermosa y atractiva, Samantha.

—¡Oh, Mark! Esto... —Como deseando desviar la conversación, dijo—: Todavía no has fijado tus honorarios por llevar...

—Son elevadísimos, Sam.

—¿Tanto?

—Lo suficiente como para pedirte que te entregues a mí en cuerpo y alma.

Brincó. Dio un saltito de alegría.

—¡Mark...! ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—O. K.

—¿Cuándo...?

—Abajo tengo un coche. ¿Crees que encontraremos algún juez que a estas horas...?

—¡O. K. Mark!

Encontraron al juez de paz y luego empezó la guerra.

FIN



AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

